

BOLSILIBROS  
BRUGUERA

**CIENCIA  
FICCION**

SERIE  
la conquista  
DEL ESPACIO

# EL SOPLO MALDITO

j. chandley

# CIENCIA FICCION



BOLSILIBROS  
BRUGUERA  
**CIENCIA  
FICCION**  
SERIE  
la conquista  
DEL ESPACIO

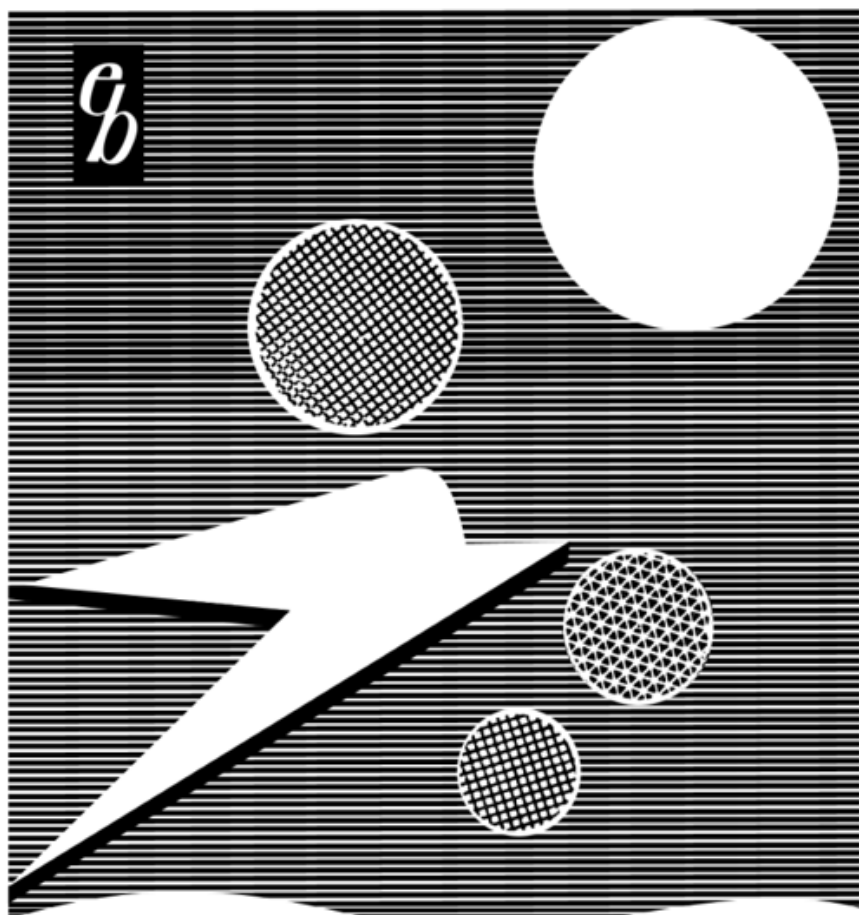
# EL SOPLO MALDITO

j. chandley

## CIENCIA FICCION



*eb*



# LA CONQUISTA DEL ESPACIO

## **EDITORIAL BRUGUERA, S.A.**

Se complace en anunciar la incorporación a su prestigioso grupo de colaboradores de un autor cuyos lectores se cuentan ya por millares.

**Lou  
CARRIGAN**

cuyas obras, verdaderas joyas de la literatura policiaca, aparecerán quincenalmente en la colección:

### **LA HUELLA**

La intriga, el suspense y la acción incesante, son las características más acusadas de este autor cuyas obras le apasionarán sin duda alguna.

**APARECERA A LA VENTA EN JUNIO**

J. CHANDLEY

# EL SOPLO MALDITO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º  
199

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

BARCELONA – BOGOTA – BUENOS AIRES –  
CARACAS – MEXICO

**ISBN 84-02-02525-0**

**Depósito Legal B 212-1972**

**Impreso en España-Printed in Spain**

**1.a edición: junio, 1974**

**© J. Chandley -1974**

texto

**© Antonio Bernal -1974**

cubierta

Concedidos derechos  
exclusivos a favor de  
**EDITORIAL**  
**BRUGUERA, S. A.**  
Mora la Nueva, 2.  
Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial**  
**Bruguera, S. A.**

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1974

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

## ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

1. — Los muertos vivientes - *Lucky Marty*.
2. — Las esporas malignas - *Ralph Barby*.

3. — Las cloacas - *Curtis Garland*.
4. — Los últimos marcianos - *Glenn Parrish*
5. — Las lunas de Thorgan - *Curtis Garland*.

## CAPÍTULO PRIMERO

El coronel Sigfred Edmund se hallaba con su escuadrón de astronaves ligeras en el espacio, en una de sus rutinarias misiones de vigilancia, cuando se sintió zarandeado, sin saber la causa de aquel desequilibrio.

Comprobó que no era él solo. Los demás que dependían de su mando, se hallaban en idénticas condiciones.

— ¡Cuidado, Ted...! Por poco, me abor das —gritó el coronel al que había pasado muy cerca de su nave.

—Señor, la astronave la tengo sin control.

—Recurr e al mando manual. Yo logro algo más de efectividad.

—Sí, señor.

Pero la realidad era que, hasta con eso, parecían diminutas embarcaciones, sometidas a un enorme temporal en medio del océano.

Las astronaves se cruzaban entre sí peligrosamente, y sólo la pericia de sus pilotos evitaba que se estrellaran el uno contra el otro.

Un destello intensísimo apareció en el horizonte, que les obligó a hacer uso de los protectores visuales.

Aun así, no lograban mitigar la fuerza de los rayos luminosos que parecían socavar las circunvalaciones de sus respectivos cerebros.

Por los auriculares del casco espacial, oyó decir a unos y a otros:

— ¡Coronel, estoy al borde de la locura...! No puedo resistir más esa luz...

El que estaba más desesperado era Ted, y a él se dirigió el coronel:

— ¡Aguanta un poco más, muchacho! ¡Cuidado, no cierres los ojos...!

Demasiado tarde la advertencia. El joven capitán fue a estrellarse contra otra astronave de las que formaban parte del escuadrón.

El haber conseguido el tributo de dos vidas jóvenes, con sus respectivas máquinas, pareció satisfacer al fenómeno aquel tan extraño.

De súbito, volvió la calma, y el resto del escuadrón navegó con normalidad hasta llegar a su Base de partida.

Todos los tripulantes abandonaron sus naves, en silencio. Todavía estaban bajo la impresión de contemplar la desaparición de sus dos compañeros, sin poder hacer nada para evitar esa terrible realidad.

El coronel Sigfred Edmund, también apesadumbrado, se dirigió a su alojamiento para extender el correspondiente informe, que debía presentar a su superior.

Antes de que terminara de redactarlo, fue requerido por el jefe de vuelos extraterrestres.

Le recibió, de muy mal humor:

— ¿Se puede saber, coronel, qué danza han organizado en el espacio? Le aseguro que tendrá que rendir cuentas ante un consejo de guerra por su negligencia, y la pérdida de dos hombres con sus correspondientes máquinas.

—General, con el mayor respeto le diré que está en un error. Que no organizamos, como insinúa, la danza para divertirnos, sino que nos vimos metidos en un torbellino inexplicable.

—No me haga reír, coronel. Usted sabe, de sobra, que fuera de nuestra atmósfera no existe el aire y, por lo tanto, no se pueden formar torbellinos. Esto lo sabe basta un muchacho de estudios elementales.

El jefe de vuelos no quería atender las explicaciones que pretendía darle el coronel, por lo que éste dejó que desahogara su primer impulso.

Luego, más calmado, preguntó:

—¿Tiene terminado el informe?

—Con ello estaba, cuando me mandó llamar.

El general meditó un momento, confesándole:

—Lo siento, coronel. Me contraría sobremanera el perder a mis muchachos. No tenga en cuenta las palabras que le he dicho, ni mi modo de comportarme.

—A todos nos afecta, señor, y más a quienes lo hemos presenciado de cerca. El escuadrón se halla consumado.

—Está bien. Termine cuanto antes el informe.

—Sí, señor.

\* \* \*

Posterior es noticias, llegadas a la Base, conmocionaron a todo el personal.

Otro escuadrón de aeronaves pasaba por las mismas dificultades que se le habían presentado al coronel Edmund y a los suyos.

Este fue requerido con urgencia a la sala de rastreo, donde, a través de la pantalla, se veía la danza endemoniada de las cosmonaves.

El coronel cogió de un zarpazo el micrófono, casi gritando:

— ¡Michum! ¡Ordena a tus hombres que hagan uso del mando manual!

—Esto es terrible, no podemos dominar las naves...

— ¡¡Michum!! ¡Desviad la vista de la luz! ¡No cerréis los ojos...!  
¡Cubriros con los protectores visuales...!

—Ya lo hemos hecho, pero este soplo maldito nos mantiene encarados a la luz, que amenaza con hacernos estallar el cerebro.

Las naves evolucionaban en completo desorden, con eminente peligro de un choque masivo.

— ¡¡Cuidado, Michum...!! ¡Abrid los ojos, abrid los...!

No sirvieron de nada las palabras desesperadas del coronel Edmund.

Con horror, contemplaron cómo las cinco astronaves chocaban entre sí, desintegrándose en el espacio infinito.

En la sala de rastreo se produjo un silencio sepulcral y, más tarde, Sigfred Edmund le decía al general:

—Mejor que cuanto expongo en el informe, ha podido presenciar un caso similar al nuestro, sólo que ellos han tenido peor suerte.

—Sí..., ya lo he visto, coronel... Habrá que poner al corriente de estos hechos a la superioridad.

Cuando el general cursó la información, supo que otras astronaves de vigilancia habían tenido el mismo final que el coronel Michum y su escuadrón.

Como el coronel Sigfred Edmund y sus hombres eran los únicos que habían sobrevivido a la experiencia, al jefe del mermado escuadrón le encargaron la misión de investigar sobre las causas del fenómeno que amenazaba con adquirir un carácter catastrófico.

También se le ordenaba al general que le diera toda clase de facilidades, poniendo a su disposición el personal y material que precisara.

—Y ya lo sabe todo, coronel. Estas son las órdenes recibidas. Así que queda relegado de todo servicio para dedicarse única y exclusivamente a la misión encomendada.

—Sí, señor. Confío en no defraudarles, por la confianza que han depositado en mí.

—Así lo espero. Aquí tiene la información facilitada por la superioridad sobre casos similares. Como es natural, esto se llevará en el mayor secreto posible, y de estos informes, usted será el único responsable.

—De acuerdo, señor.

—Le dejo en completa libertad de acción, pero, eso sí, resuelva la cuestión lo antes posible. No dude en acudir a mí para cuanto necesite.

—Así lo haré. Si no quiere nada más de mí, me pondré manos a la obra.

—No, nada más. Que la suerte le acompañe.

—Gracias, señor. La necesitaré.

\* \* \*

Tras un estudio profundo de los documentos secretos que le entregó el general, guardó éstos en una caja de seguridad, y mandó llamar a los tres capitanes cosmonautas que, con los dos que hablan perecido, constituían el escuadrón a su mando.

El coronel se llevaba muy bien con ellos, y, más que jefe y subordinados, eran excelentes amigos, ya que en sus edades no existían diferencias notorias, y un espíritu de rectitud y disciplina era el denominador común entre ellos.

Sólo que Sigfred les aventajaba en graduación, conseguida por méritos propios, en consonancia a su inteligencia y arrojo, patentizado en anteriores misiones que le fueron encomendadas.

Sabían que era norma del escuadrón no hacer mención de los

caídos en acto de servicio. Cada uno conservaba su recuerdo y, aparentemente, se despreocupaba del que fue un compañero querido.

Roy, Peter y John, eran los nombres de los capitanes, por orden de antigüedad.

Roy preguntó:

— ¿Qué sucede, Sigfred, para reunimos con tanta urgencia?

—Me ha sido encomendada la misión de esclarecer el caso del «soplo maldito», como he creído conveniente denominarlo, por las palabras que dijo el coronel Michum.

—Muy acertada tu elección. ¿Cuándo lo terminamos? —inquirió, impaciente, Peter.

—Tú, como de costumbre, ya quieres terminar antes de haber empezado.

—Y como siempre, coronel, ¿sabes por qué?

— ¿Por qué, John?

—Por asunto de faldas. No puede vivir sin ellas.

—No le hagas caso, Sigfred. Es un envidioso —se justificó Peter.

— ¿Envidioso, yo...? Reconozco que eres un chico guapetón, pero yo no estoy mal del todo, y también cuento con mis incondicionales.

—Pero, ¿estás oyendo a ese par de hermosos, Sigfred? Bueno, se merecen que los emplumen, por fatuos. ¿Habrás visto...? ¡La de tonterías que tiene que oír uno! A la constelación Tauro, os mandaba yo.

— ¿Por qué precisamente a ésa, Roy? —quiso saber Peter.

—Para que os sometieran a una lidia ordinaria, y veríamos reflejada vuestra hermosura, luego de clavaros un par de banderillas, pero de las de fuego.

— ¡Qué más quisieras...! Y tú, haciendo de mula de arrastre, ¿no? —apostilló Peter.

Sigfred intervino porque veía que aquello se estaba enredando:

—Bueno, os veo muy enterados sobre cuestión de toros. Se hace notar la influencia de nuestra estancia en España. Pero da la casualidad de que en este caso concreto, siguiendo con el tema taurino, a quienes les tocará representar el papel de toreros, será precisamente a nosotros, y presumo que no resultará una lidia fácil.

Los ánimos se apaciguaron, y los tres permanecieron atentos a las palabras de su coronel.

—He llegado a la conclusión de que tanto el incidente acaecido a nosotros, como a los demás, poco más o menos, se han circunscrito en la misma área, concretamente la B-15.

— ¿La que comprende la ruta espacial peligrosa? —preguntó, interesado, Roy.

—Exacto. Y seguramente, os haréis la misma pregunta que yo. Si existen otras rutas que no presentan ningún peligro, ¿por qué precisamente ésta...?

—Sí que es raro... —comentó John.

—Y tanto. El arriesgarse por la zona poblada de asteroides es como ir a una muerte segura. Por otra parte, también constituye un camino poco frecuentado, prácticamente nulo de tránsito, y, por lo tanto, con grandes posibilidades de pasar desapercibidos.

— ¿Insinúas que pretenden ocultar algo?

—Casi me atrevería a hacer una afirmación categórica. De lo contrario, ¿cómo se atreverían a correr un riesgo innecesario? ¿No te parece, Peter?

—Sí, tus deducciones están presididas por la lógica. ¿Y supones que lo que puedan llevar es tan valioso como para eliminar a los servicios de vigilancia?

—Podría ser. Mas no olvidéis que no vimos astronave alguna o algo que se le pareciera, y este hecho se repitió cuando el coronel Michum se vio envuelto en idénticas circunstancias.

—En ese caso, hay que descartar la existencia de astronaves —adujo Roy.

—Sí y no. La evidencia es que el fenómeno se ha repetido en el área B-15, y es más, ese fenómeno ha sido provocado

intencionadamente. De eso no me cabe la menor duda.

—En eso estamos de acuerdo, Sigfred. ¿Y cómo piensas encauzar la cuestión?

—Únicamente hay una solución, Roy, la de frecuentar el área citada.

— ¿Y si nos pillan otra vez con el «soplo maldito»?

—Hay que correr ese riesgo. He mandado que nos instalen unos protectores visuales de gran poder filtrante, de modo que no quedemos cegados, como nos sucedió la otra vez.

La conferencia que mantenían todavía se extendió durante unas horas más y, antes de darla por finalizada, el coronel les recomendó:

—Revisad bien las naves y tenedlas a punto para salir temprano.

Tras despedirse de su jefe, los tres capitanes fueron a ocuparse de sus respectivos vehículos espaciales.

## CAPÍTULO II

Como tenían previsto, a hora muy temprana, el coronel Sigfred Edmund y los capitanes Roy, Peter y John, abandonaron la Base, rumbo al área B-15.

Para efectos de los demás, se trataba de uno más de los rutinarios vuelos de vigilancia. Únicamente el general jefe de vuelos estaba enterado de la verdad.

Instantes después, las cuatro astronaves dejaban muy atrás la atmósfera terrestre, para hallarse de lleno navegando por el espacio infinito del silencio.

Sus astronaves parecían diminutos mosquitos, si se establecía un estado comparativo con las corrientes que invariablemente eran de gran tamaño.

Pero no por ello se las podía despreciar desdeñosamente. Estaban dotadas de los últimos adelantos, gozaban de gran autonomía y del más eficaz armamento.

El coronel anunció:

—Vamos a entrar en el área B-15. A partir de ahora, mucha atención a los pequeños asteroides y a la presencia de cualquier nave.

Los tres capitanes manifestaron que permanecían muy despiertos.

En otras ocasiones, las comunicaciones las mantenían de forma continua entre sí, con la finalidad de paliar, en la conversación, la monotonía del vuelo.

Pero en el caso presente, sólo las establecerían en caso necesario. Tenían que cubrir la eventualidad de que fueran captadas sus conversaciones y, en consecuencia, poner sobre aviso a quien pretendiera burlarles o atacarles.

El coronel se había inclinado en la elección de una zona que presentaba cierta ventaja y seguridad para ellos.

El tiempo iba pasando, sin que nada turbara aquella paz.

Las pantallas de rastreo funcionaban ininterrumpidamente y sólo el paso de los meteoritos constituía su distracción, observando sus trayectorias o tratando de evitarlos, si su tamaño lo consideraban peligroso.

Sigfred Edmund se fijó en dos puntos que aparecieron en su pantalla.

Podría tratarse de una casualidad, pero llamó poderosamente su atención la invariable equidistancia mantenida.

Ayudado por la computadora que llevaban a bordo, efectuó unos cálculos, según los cuales uno de aquellos puntos pasaría por delante de la posición que ocupaban con sus naves, y el otro lo haría por popa, o sea, a sus espaldas.

Estableció otro cálculo, cuyo resultado le especificó que ellos se hallarían en el punto medio de la distancia que separaba ambos puntos.

Por frecuencia especial, que se utilizaba en casos de emergencia, se comunicó con el resto del escuadrón.

—Quiero que prestéis atención a los puntos de la pantalla, cuadrícula C-7-4 y la Z-7-4. Calculad distancias, velocidad y punto de intercesión en línea con la posición que ocupamos.

A poco, los tres coincidieron con el resultado que ya tenía el coronel.

—Pues no los perdáis de vista, y estad preparados para moveros.

— ¿Crees que podría tratarse de astronaves?

—No lo sé todavía, Roy, pero, por si acaso, hay que estar prevenidos.

Nada más terminar de pronunciar estas palabras, ruando ya notaron los primeros síntomas de alteración en el rumbo de sus naves.

El coronel les advirtió:

— ¡Atención, que ya comienza el baile!

En esta ocasión, las anomalías que se presentaron en el dominio de sus máquinas se acrecentaron con la presencia de infinidad de meteoritos, en su mayoría de reducido tamaño, pero no por ello menos peligrosos.

Aquellos puntos que captaron sus pantallas de rastreo, comenzaban a distinguirse a simple vista y, de pronto, se iluminaron con una intensidad inusitada.

Pudieron apreciar que el que caía a sus espaldas, también emitía su luz cegadora.

Sigfred calculó que, de seguir donde estaban, pronto les pillarían en la zona comprendida entre los dos puntos.

Comprendiendo que sería expuesto, y por lo que pudiera ocurrir, ordenó a su escuadrón:

—Iniciad un picado y seguidme. Vamos a posarnos en la cara opuesta del asteroide Telos.

Todavía pudieron dominar sus naves, y se escaparon de aquella zona, que ya dejaba sentir sus consecuencias.

Con la máxima rapidez que les fue posible, descendieron sobre la superficie de aquel gran asteroide, precisamente en la cara opuesta a la trayectoria que barrían los dos puntos luminosos, ahora ya brillantes con una luz intensísima.

Al abrigo de unas escarpadas y puntiagudas montañas, vieron pasar infinidad de meteoritos, como arrastrados por una fuerte corriente de aire.

—No abandonéis las naves. Iremos cambiando de posición para esquivar la acometida.

Con los motores a ralentí, permanecieron a la espera de las órdenes de su jefe, y éste, cuando comenzó a notar que la influencia del «soplo maldito» aumentaba de intensidad, se comunicó de nuevo con ellos.

—A toda marcha, situaos en la cara posterior de donde nos hallamos.

Raudos como flechas, los cuatro componentes del escuadrón salieron, siguiendo al coronel.

Algunas dificultades encontraron, en cuanto a la obediencia de sus respectivas naves, pero éstas siguieron el camino que se habían propuesto.

El vuelo lo efectuaban a poca altura de la superficie del asteroide Telos, por lo que resultaría difícil que les localizaran.

No obstante, al llegar a la cara posterior de la que ocupaban momentos antes, Sigfred consideró conveniente posarse sobre la superficie.

Eligió un lugar que les pudiera ofrecer cierta garantía de librarse de las corrientes originadas por aquel «soplo maldito».

Las astronaves se fueron posando en la falda de una de las muchas montañas que allí había, y que presentaba la característica de una inmensa cueva, que, eventualmente, utilizaron como hangar.

Con sus trajes espaciales, salieron al exterior de la carlinga, y se apresuraron, como medida preventiva, en fijar los tirantes de sujeción de sus cosmonaves.

Una vez terminado este trabajo, de nuevo fueron a ocupar su asiento en el puesto de mando de su máquina.

Posteriormente, pudieron comprobar la acertada intuición de su jefe.

Grandes remolinos se originaron alrededor del espacio que ocupaban ellos, de una intensidad tal, que temieron que los elementos de fijación iban a romperse, de un momento a otro.

Las consecuencias hubieran sido funestas, ya que ello representaba la destrucción de su vehículo, y el carecer de medios de retorno.

El «temporal», luego de llegar a su punto álgido, fue amainando y, cuando la nube formada por millones de partículas de polvo de la superficie del asteroide, se fue aclarando, muy cerca ya de la Tierra, sus pantallas de rastreo a gran distancia denunciaron la presencia de una astronave de gran tamaño.

Sigfred Edmund les gritó:

— ¡Aprisa! Liberad las naves de los tirantes de sujeción, y a toda máquina hacia la Tierra.

El perder irnos segundos en el espacio, representaba una gran distancia, en relación a lo que se pretendía alcanzar.

El despegue se efectuó sin dilación alguna y, como cuatro halcones, se lanzaron en pos de aquella nave que había pasado, sin que sus aparatos de rastreo anunciaran su presencia.

Roy manifestó:

—Me parece que no la vamos a alcanzar, coronel.

—Hay que seguir adelante, de todos modos. La única esperanza que nos cabe, depende del frenado que tenga que efectuar para la entrada en nuestra atmósfera.

Todos sabían que, cuanto más grande fuera una astronave, más precauciones tenía que tomar en esta maniobra.

En eso, ellos tenían ventaja, puesto que, sin disminuir la velocidad, podían penetrar en las capas de aire, sin riesgo alguno.

Lo que más le encorajinaba a Sigfred es que habían pasado por delante de sus propias narices, sin enterarse ellos.

Sin darse cuenta, incluso hacía fuerza para que su nave adquiriera más velocidad, para pillar a aquel intruso, antes de que se perdiera por la superficie del globo terráqueo.

Los pensamientos de los tres capitanes también seguían los deseos de su jefe, y trataban de sacar el máximo rendimiento a sus vehículos.

Seguramente, los de delante advirtieron el peligro que se les venía encima, puesto que el coronel comprobó que aumentaron la velocidad de crucero.

Este hecho hizo que su sospecha se confirmara. Aquella astronave, por la ruta empleada al acercarse a la Tierra, debía ocultar algo importante, y quería zafarse, a toda costa, de cualquier control.

De todos modos, le iban ganando terreno ostensiblemente y, de seguir así, dentro de poco le darían alcance.

El coronel, ya con visión directa, se apercibió que de la nave en cuestión partían dos objetos, en dirección diametralmente opuesta.

Esta circunstancia le dio qué pensar, y ordenó a los suyos:

—Tomemos más altura para pasar sobre el plano de los objetos que han partido de la nave perseguida.

Esta maniobra les hizo perder terreno, puesto que la nave en cuestión ya tomaba contacto con la atmósfera terrestre.

Hubo contrariedad entre el mismo coronel y los capitanes, pero el hecho que sucedió a continuación les dio a entender lo acertado que estuvo, en aquella decisión.

Sólo pasar las primeras capas atmosféricas la nave perseguida, a sus espaldas comenzó a originarse una tormenta de gran aparato eléctrico y torbellinos de masas nubosas.

Aunque todavía estaban a distancia, no por ello dejaron de notar la influencia de dicho fenómeno atmosférico en sus propios vehículos, y, más que todo, el trastorno que se originó en sus aparatos electrónicos.

Tuvieron que desviarse de la extensa zona en que se había provocado la tormenta imprevista en las predicciones meteorológicas.

Cuando les fue posible, se adentraron en las capas atmosféricas y, fuera ya de los trastornos que impidieron el buen funcionamiento de sus aparatos rastreadores, de nuevo localizaron a la nave en cuestión.

Se dirigía hacia el hemisferio sumido ya en las penumbras de la noche.

La voz del coronel se dejó oír de nuevo:

—Roy, inicia un movimiento envolvente por tu derecha; yo lo haré por la izquierda. Peter y John, separaros un poco; y seguid el rumbo que llevamos. Hay que cortarles toda posible escapatoria.

Así lo hicieron y, cuando la tuvieron rodeada, Sigfred solicitó que se identificara la nave.

El más absoluto silencio siguió a su demanda.

Pero, en hechos, fue una cosa completamente distinta. Unas explosiones se originaron muy cerca de la nave del coronel, que sólo se salvó de una muerte segura, gracias a la velocidad de su vehículo.

Las intenciones de la astronave perseguida, les dieron la pauta a seguir.

Sigfred, indignado, manifestó:

—Obsequiadle con salvas de prevención.

Efectuaron varios disparos, cuyos proyectiles estallaron a una distancia suficiente para no producir daño a la enigmática astronave, para darle a entender que, si no se identificaba, los próximos darían en el blanco.

Esperaron unos segundos, y la contestación fue con fuego graneado.

Ante tal comportamiento, el coronel tuvo que actuar por la vía rápida, ante el peligro de perder a alguno de sus hombres.

El mismo inició el fuego, secundado por el resto del escuadrón y, a los pocos segundos, aquella misteriosa nave estallaba en el aire, envuelta en una bola de fuego.

Sobrevolaron los alrededores y, con la ayuda del sistema de video nocturno, pudieron localizar los restos principales de la astronave atacada.

Tomaron fotografías seriadas, y prefijaron con exactitud el lugar en que se hallaba cada uno de los trozos.

Con todo este material a bordo, se encaminaron hacia su Base.

\* \* \*

Al día siguiente, tras haber repuesto fuerzas, en un sueño reparador, y con las fotografías ampliadas en su poder, se trasladaron a la zona para efectuar un estudio *in situ* de los restos esparcidos en aquella extensa zona desértica.

Se encontraron con la sorpresa de que de los restos no quedaba ni rastro, por más que se esforzaron en determinar los lugares exactos en que éstos cayeron.

En vista de lo cual, Sigfred dispuso:

—Roy y John, permaneceréis en el aire, de vigilancia, por si se ve movimiento alguno. Peter y yo tomaremos tierra, por si descubrimos algo.

Las cuatro astronaves se separaron, y la del coronel y el capitán Peter se posaron suavemente sobre las arenas de aquel desierto, que parecía despedir fuego, en aquellas horas.

Sólo se reunieron ambos, Sigfred vaticinó:

—Me parece, Peter, que no vamos a encontrar nada de nuevo. Desde el primer momento que he comprobado la desaparición de los restos, he tenido el presentimiento de que quienes sean saben hacer bien las cosas.

—Pero no pueden hacer desaparecer, así como así, unos restos de tamaño tan considerable.

—Por ti mismo, te convencerás.

En efecto, allí no existía huella de ninguna índole, por la que pudieran deducir de qué métodos se habían valido para borrar todo vestigio de que existían unos restos.

De no ser porque tenían la evidencia de las fotografías obtenidas, podrían decir que sufrieron una alucinación, un espejismo.

—Peter, aquí no hay nada a hacer. Volvamos a las naves.

—Sigfred, ¿y si explorásemos toda esta zona?

—Será inútil. Obtendremos los mismos resultados.

— ¿Qué vamos a hacer, entonces?

—Por primera providencia, abandonar este inhóspito lugar, si no queremos perecer asados, y en segundo lugar, esperar a que se nos presente una nueva ocasión.

— ¿Tú crees que se nos presentará?

—Por lo menos, tenemos la certeza de saber el camino que utilizan.

—Pero ahora, al comprobar que han sido descubiertos, lo más lógico es que desistan de seguir utilizándolo.

—Efectivamente, ésta es la lógica. Pero aun con eso, y los peligros que representa la ruta que utilizan, es la que les ofrece mayor seguridad.

— ¿Por el escaso control que se mantiene sobre la misma?

—Exacto. Se puede decir que es prácticamente nulo. Y basta ya de charla que, si duramos más aquí, me voy a derretir.

—Tienes razón, Sigfred. Por lo menos, allá arriba se disfruta de

mejor ambiente.

—Pues adelante, que Roy y John nos están esperando.

### CAPÍTULO III

El coronel Sigfred Edmund se hallaba en su mesa de trabajo, tratando de planear la próxima operación para que tuviera una efectividad más positiva.

En ello estaba, cuando recibió una llamada, por la que se le comunicaba que el general deseaba verle

—Bien, ahora voy.

Contrariado por la interrupción, no le quedó más remedio que presentarse ante su superior.

— ¿Me ha llamado, señor?

—Si coronel —le confirmó el general, al tiempo que le señalaba un asiento cerca del que él ocupaba.

Una vez acomodado, esperó a que le notificara el motivo por el que le había requerido en su despacho.

— ¿Ha adelantado algo sobre el asunto encomendado, coronel?

—Prácticamente, nada. Sólo la confirmación de la ruta

empleada.

Y le fue relatando, sin omitir detalle, las incidencias que habían vivido.

El general le escuchó atentamente y, al final de su filmación, manifestó:

—Bueno, eso ya es algo. En fin..., el objeto principal de mi llamada es que he recibido noticias que un escuadrón perteneciente a otra Base ha sufrido las mismas consecuencias que el del coronel Michum.

— ¿Por la misma área?

—Al menos, según me han informado, próxima a la misma es donde se inició. Pero lo más grave del asunto es que la destrucción del escuadrón fue escalonada y, al parecer, fueron perseguidos hasta las inmediaciones de la misma Base, sin que en ésta se enteraran hasta que la tormenta se les vino encima.

—La palabra «tormenta», general, ¿hace referencia en sentido figurado al desastre, o bien al fenómeno atmosférico en sí?

—A ambas cosas, coronel. Parece ser que los daños son cuantiosos.

— ¿Cuándo han tenido lugar estos hechos?

—Según me han especificado los de la superioridad, apenas hace una hora.

—General, si me lo permite, desearía efectuar una investigación, con mi equipo, en el lugar del desastre.

—Claro que se lo permito. Ya le dije que puede hacer cuanto crea conveniente, y con entera libertad de acción.

—Gracias, señor. Consideraría necesario que nos otorgaran unas credenciales, en las que figuráramos como comisionados civiles para la investigación del caso.

—Recabaré esas credenciales, aunque considero que eso no sería necesario. Bastaría con que notificara que se le dieran toda clase de facilidades.

—Creo más conveniente lo que le he solicitado, puesto que de

este modo sospecho que nuestra labor resultaría más fácil.

—De acuerdo. Voy a solicitar esa autorización, y supongo que en la misma no deseará que figure la graduaron que a ustedes corresponde.

—Exacto.

—En cuanto la tenga en mi poder, se la mandaré a su despacho.

\* \* \*

Unas horas más tarde, tomaba tierra en la Base afectada, un vehículo espacial civil, del cual descendieron cuatro hombres jóvenes.

Solicitaron ser recibidos por el jefe sobre el cual recaía la responsabilidad de aquel lugar.

Tras una breve espera, el mismo oficial que les atendió, volvió, diciéndoles que su jefe les recibiría.

El coronel Sigfred Edmund y los capitanes Roy, Peter 1 John, vestidos de paisano, fueron saludados por el jefe de Base, a quien Sigfred le expuso:

—Nos han nombrado comisionados para llevar a cabo una investigación sobre lo acaecido. Aquí tiene nuestras credenciales, señor.

Luego de haber leído todo el documento que le había Entregado, se lo devolvió, manifestándole:

—Bien, aquí ya lo dice todo. Pueden actuar en completa libertad. Considero innecesario advertirles que me tienen a su entera disposición.

—Gracias.

— ¡Ah! Mi ayudante les acompañará a un alojamiento que cuenta con un despacho para mayor comodidad de sus trabajos.

—Muy amable, por su parte.

—No hago más que cumplir órdenes.

Requerido por el jefe de la Base, un teniente hizo acto de presencia.

—Teniente, acompañe a estos señores al alojamiento de invitados, donde podrán disponer del despacho para sus trabajos de investigación. Póngase a sus órdenes, como si de mí se tratara.

—A la orden, señor. Cuando gusten, señores.

Precedidos por el teniente, un muchacho de aspecto simpático, se dirigieron al alojamiento que les habían destinado.

Antes de abandonar la estancia, Sigfred le detuvo:

—Un momento, teniente. ¿Cómo no fueron prevenidos de cuanto le estaba sucediendo al escuadrón?

—Según han citado en las declaraciones previas, las comunicaciones fueron totalmente bloqueadas, antes de que se produjera el desastre.

— ¿Usted se encontraba en la Base cuando éste se produjo?

—No, pero me han contado cómo fue.

— ¿Podría repetirlo?

—Con mucho gusto. Dicen que todo estaba en calma cuando, de improviso, se originó una tormenta endiablada, con vientos huracanados, gran aparato eléctrico y acompañado de lluvias torrenciales que en un momento casi desmantelaron la Base.

—Pero, según tengo entendido, teniente, los mayores destrozos han sido debidos a explosiones. ¿No es eso?

—Sí; concretamente, tres explosiones, las cuales, posteriormente se ha podido comprobar, fueron a consecuencia de estrellarse tres cosmonaves, que formaban parte del escuadrón desaparecido.

— ¿Y las otras dos restantes?

—De esas nada se sabe. Se supone que han quedado desintegradas.

— ¡Ya...! ¿Y qué opinión le merece el que se estrellaran esas tres

naves en la misma Base?

—Según la versión oficial, al ser sorprendidas por la tormenta desencadenada, y estando a punto de tomar tierra, no les dio tiempo a maniobrar para salirse de la misma.

—La sección meteorológica, ¿había previsto el fenómeno atmosférico?

—Ni mucho menos. Es más, la predicción era excedente. En este aspecto, la técnica está muy avanzada. Y ustedes, claro está, ignoran que esto es esencial para la navegación aérea, y en la que no pueden caber errores.

Sigfred y los tres capitanes esbozaron una sonrisita que al teniente no pudo definir si era como dándole la razón o le estaban tomando el píelo.

No obstante, el coronel le manifestó, socarrón:

—Pues en el caso presente, no han sido muy eficientes los procedimientos técnicos.

El joven oficial, como niño atrapado en una contracción, justificó:

—Bueno, tenga en cuenta que lo sucedido es un fenómeno extraño, que se sale de la normalidad.

—Y tanto... ¿No han reparado, teniente, en que puede haber sido provocado?

El aludido se puso a reír para luego contestar:

—Perdone mi hilaridad, señor. No puede existir fuerza humana que produzca a su antojo una tormenta de esas características.

Muy convencido estaba el teniente de sus palabras, convencimiento que Sigfred no trató de quitarle; al contrario:

—Sí, claro, tiene razón... Otra cosa, y con esto le voy a dejar tranquilo. ¿Me puede proporcionar los nombres y domicilios de los desaparecidos?

—Precisamente, llevo sus expedientes aquí en la cartera para archivarlos en el apartado de fallecidos en acto de servicio.

— ¡Magnífico! Déjemelos.

—No sé si debo, señor...

Sigfred no le dejó terminar:

—Ya ha oído a su jefe, está a nuestra disposición.

—Pero referente a los expedientes del personal de la Base, pertenecen al secreto de la misma.

—En el caso presente, el secreto se hace extensivo a nosotros. Nada de lo que en ellos se cite, trascenderá. Puede tener la seguridad de ello.

—De todos modos, debo consultarlo con mi superior. ¿Me permite?

—Claro que sí. Puede llamar.

El teniente efectuó la consulta, y los expedientes se quedaron en el eventual despacho que ocupaba la comisión investigadora.

\* \* \*

Cuando se fue el teniente, entre el coronel y sus capitanes hubieron sabrosos comentarios sobre la conversación mantenida con el que calificaron «enteradillo teniente».

—Desde luego, resulta simpático, pero un tanto pedante —manifestó Roy.

—Hombre, ten en cuenta que, a su edad, y ayudante del jefe de Base...

—Pero no hay para tanto, John. Yo...

—No nos salgas con hacernos tragar el rollo de que fuiste el número uno de tu promoción, etcétera, etcétera. Es un disco que nos lo sabemos de memoria.

—Pero, Peter, lo que quería decir es que cuando fui el número uno...

— ¡No te decía yo, John...! Revístete de paciencia y ponte a escuchar, por enésima vez, su relato de que le propusieron para ayudante del director jefe de la escuela... ¿O era del jefe de «coba» y de «ensalzamiento de auto méritos»...?

— ¡Bah...! No se puede hablar con vosotros... ¡Cómo se conoce que sois unos promocionistas del montón...! Le mejor es ignoraros.

—No puedes imaginar lo agradecidos que te quedaremos en ese aspecto. Al menos, podremos oír algo nuevo en ti, y eso si no te las compones para darle la vuelta y salimos con lo de siempre.

— ¡Coronel! Tú eres testigo de la promesa de Roy de me olvidará los relatos de su brillante puesto en la promoción. ¿Nos autorizas a que le sellemos la boca, en cuanto reincida?

—Eso es asunto vuestro, Peter. Lo único que puede pasar es que sufráis las consecuencias.

— ¿Qué clase de consecuencias, coronel? —inquirid el mismo Peter.

—Las del estallido. Ya sabéis aquello de que, si no lo cuenta, revienta.

Menos mal que Roy aguantaba bien las bromas, y termino riendo con ellos.

Después, se dedicaron de lleno al examen de los expedientes dejados por el teniente.

Una particularidad llamó la atención a Sigfred, y fue que figuraban en dos de los desaparecidos, en la información secreta de ingresos, unas cantidades fuera de lo normal, que excedían mucho a lo percibido por el propio coronel.

Dio la coincidencia de que ambos oficiales pertenecían a los «desintegrados», según palabras del teniente ayudante.

Los expedientes fueron pasando de unos a otros para luego deliberar sobre los mismos.

Ninguno de los capitanes cayó en aquel detalle. Todos ponderaron la excelente hoja de servicios.

Sigfred les dejó hablar y, cuando terminaron, les manifestó:

—No es que quiera dárme las de experiencias detectivescas, pero observo que para este menester sois unas nulidades de marca mayor.

— ¿Por qué? —quiso saber Roy.

—Sabemos de antemano que lo acaecido en este lugar no nos aporta nada nuevo, puesto que, aunque superficialmente, imaginamos las causas que lo originaron. Pero hay un detalle en estos dos expedientes, que resalta a la vista. Concretando, el apartado referente a ingresos.

Peter y John se los quitaron materialmente de las manos, y el primero manifestó, decepcionado:

—Bueno, Sigfred, eso no quiere decir nada. Puede que fueran unos chicos de padres acomodados...

—Podría ser, pero por muy acomodados que sean, no creo que puedan disponer de esas cantidades.

—Pues eso se puede aclarar. Se investiga sobre los mismos, y en paz. ¿Crees que nos puede aportar algún dato, Sigfred?

—No puedo afirmarlo ni desechar la posibilidad. Una cosa me ha llamado la atención. Lo sucedido en esta Base ha sido posterior a nuestra experiencia y a la destrucción de la enigmática astronave de la que no fallamos ningún resto.

— ¿Supones que esto constituya una represalia?

—No puedo hacer ninguna suposición, Peter. Nuestra misión es la de aclarar este embrollo, y debemos asirnos a lo que pueda constituir cualquier indicio, aunque este indicio sea un clavo ardiendo.

— ¿Y qué sugieres? —preguntó John.

—Por primera providencia, mañana o pasado, abandonaremos este lugar, dando por finalizada nuestra investigación oficial, para posteriormente efectuar indagaciones por nuestra cuenta y riesgo.

## CAPÍTULO IV

Para cubrir el expediente y no dar lugar a sospechas de que habían terminado rápidamente la investigación, estuvieron haciendo preguntas al personal de la Base, y observando detenidamente los lugares más afectados, sobre todo donde se estrellaron las tres cosmonaves.

Sigfred, de una forma velada, preguntó por el comportamiento, como personas, de los componentes del escuadrón desaparecido.

En un resumen final, llegó a la conclusión de que los capitanes J. Karter y F. Aland, nombres que correspondían a los que no se estrellaron en la Base, eran de un carácter un tanto raro, cambiante, llegando en ocasiones a la irritabilidad, pero al mismo tiempo, magnánimos.

En un aspecto, todos coincidieron: el que tanto Karter como Aland se daban una gran vida, en cuanto a comodidad, lujos y dispendios monetarios.

Considerando que por lo menos las apariencias fueron salvadas, se despidieron del jefe de la Base y de su teniente ayudante.

Con el mismo vehículo civil que les condujo hasta allí, se fueron.

Horas más tarde, Sigfred, Roy, Peter y John, estaba de vuelta a la ciudad en cuya proximidad se hallaba enclavada la Base objeto de sus investigaciones.

Sabían de antemano que ambos, Karter y Aland, eran solteros, y sus viviendas no distaban mucho, la una de la otra.

Para llevar a efecto con más rapidez lo que se proponían, Sigfred les manifestó:

—Vosotros, Peter y John, iréis al domicilio de Aland; Roy y yo efectuaremos la visita al de Karter. Procurad pasar desapercibidos, realizando un registro a fondo, y os apropiáis de cuanto consideréis que nos pueda proporcionar una pista.

—De acuerdo.

—Pues en marcha, y que tengamos suerte. Quien termine antes, esperará, en el vehículo, el regreso de los otros.

Cada pareja se encaminó al domicilio fijado de antemano por el coronel.

No precisaban llaves, puesto que cada cual contaba son elementos adecuados para franquearse el paso de cualquier puerta, por muy complicada que fuera la cerradura.

La hora avanzada de la noche les favoreció el acceso a los domicilios particulares, sin que fueran vistos.

Sigilosamente, sin hacer el menor ruido, y dejando las cosas donde estaban al principio, se puede decir que no quedó rincón sin registrar.

No hablaban entre ellos, adoptando esta precaución per si tenían el alojamiento controlado.

Desde el momento en que pusieron los pies allí, tanto Sigfred como Roy, pudieron apreciar el lujo desmedido que imperaba en aquella vivienda.

Recogieron algunas cosas, que consideraron de interés. Por lo demás, no hallaron ningún vestigio en aquél basar una participación directa con algo sucio.

Ya en la calle, caminando hacia donde habían quedado en reunirse con Peter y John, a Sigfred le asaltó la sospecha de que eran seguidos, advirtiéndole a Roy:

—Sigue caminando con normalidad como hasta el momento lo has hecho. Me da la impresión de que nos siguen. Ahora lo sabremos.

Iban a llegar a una esquina y, nada más torcer la misma, el coronel le apremió:

—Corre y sígueme.

Próxima a esta esquina había otra, que daba a una calle adyacente.

Lo lógico hubiera sido irse por aquella calle, pero Sigfred, reteniendo a Roy por un brazo, tiró de él y se escondieron en la entrada de un edificio que, como la mayoría, a aquellas horas, permanecía en penumbra,

La sospecha se confirmó.

Un par de individuos, fornidos y malcarados, pasaron frente a ellos con pasos apresurados, llegando a la calle próxima y mirando de una parte a otra.

Entre ellos intercambiaron unas palabras, tras las cuales, uno se internó en la calle adyacente y el otro retrocedió hacia la primera esquina.

Sigfred y Roy tomaron posiciones cada uno a un lado de la entrada de aquel edificio y en lugar a cubierto.

A poco, apareció un destello de luz, que iluminó aquel espacio, recorriéndolo varias veces.

Hubo un momento en que el individuo pareció dudar entre introducirse o largarse, dando por satisfecha su inspección.

De haberse decidido por lo primero, indefectiblemente les hubiera descubierto, puesto que estaban agazapados en las bases de las columnas sitas a ambos lados, y que sostenían una arcada.

De todos modos, no hubiera salido bien librado en el caso de dar con ellos, puesto que tanto el coronel como el capitán estaban con los músculos tensos, dispuestos a dar buena cuenta de aquel curioso.

Pero no siguió adelante, y dio media vuelta para salir de nuevo a la calle.

Tomando precauciones, se asomaron al exterior, y vieron a los dos individuos hablando entre sí y en voz baja.

Por el modo de accionar, comprendieron que ni el uno ni el otro habían dado con lo que les interesaba.

No obstante, permanecieron un buen rato estacionarios y vigilando los alrededores, pendientes de si les veían aparecer.

Mientras permanecieran en aquel lugar, Sigfred decidió no dejarse ver, ya que aquel incidente le hizo concebir un plan completamente distinto.

Sin dejar de estar atento a lo que pudieran hacer aquellos individuos, el coronel le indicó a Roy:

—Ellos mismos se han delatado, y hemos acertado con los golpes dados a ciegas.

—Dirás que tú has dado en la diana, puesto que nosotros nos hemos limitado a seguir tus instrucciones y, si he de ser sincero, te confesaré que tenía mis dudas de que consiguieras algo positivo.

—Bueno, en ese aspecto también albergaba mis temores, pero, como antes te he dicho, ellos mismos se han encargado de favorecernos. Y digo favorecernos porque trabajamos en equipo. ¿No es así?

—Sí, sí... Mira, ya se van esos tipos.

—Dejemos que se alejen un poco y, de perseguidos, nos convertiremos en perseguidores. Siento curiosidad por saber adónde van.

—De acuerdo. Y mientras, ¿Peter y John?

—Que nos esperen eh el vehículo. En eso hemos quedado.

A una distancia prudencial, con más disimulo del que observaron aquéllos, Sigfred y Roy no les perdieron de vista.

Los que les precedían torcieron una esquina y, cuando llegaron ellos, comprobaron que se trataba de una corta calle, sin salida.

Posteriormente, vieron abrirse una puerta, a la vez que dos sombras penetraban.

Hasta ellos llegaron los sones de una orquesta. Luego, volvió todo a la oscuridad y al silencio.

— ¿Qué hacemos, Sigfred?

—Pues creo no equivocarme, pero si damos la vuelta a este bloque de edificios, a espaldas de donde estamos, encontraremos un club nocturno.

— ¿Quieres decir que ha sido ahí adonde han ido?

—Cuestión de lógica. A estas horas, no suele oírse música en un local particular.

—Sí, claro... Tienes razón.

Ya iban a dar la vuelta, cuando un vehículo paró ante la entrada de la calleja, con los faros apagados.

Se detuvieron en seco.

Del vehículo bajaron dos individuos, llevando casi a empujones a otros dos.

Por un momento, a Sigfred le pareció reconocer, en uno de los que iban en el centro, a John, que era alto y espigado.

De los dos que conducían a los detenidos, uno dijo:

—Adelante, curiosones. Os advierto que, al menor grito o movimiento extraño, os dejo secos donde estáis.

Sigfred le dio un codazo a Roy, como advirtiéndole que se preparara al ataque.

Cuando estuvieron más cerca, ya no dudaron de que eran Peter y Roy los que iban en el centro.

Les fue fácil deducir lo sucedido. Aquel otro domicilio también estaría sometido a vigilancia, y a ellos les sorprenderían con las manos en la masa.

Cuando los aprehensores de los dos capitanes estaban más que seguros de que el camino lo tenían expedito, dos sombras humanas surgieron de la oscuridad.

Sólo uno de ellos tuvo tiempo de gritar al otro:

— ¡Cuidado...!

Pero la advertencia no sirvió de nada, ya que ambos fueron a dar con el suelo, a consecuencia de sendos golpes propinados por el coronel y por Roy.

Sin embargo, el grito de alerta sí que sirvió para que dos o tres individuos más, que iban en el vehículo, descendieran del mismo y

llamaran a sus compañeros.

Sigfred pudo distinguir que algo brillaba en sus manos y, de un empujón, desplazó del lugar que ocupaban a John y a Peter y, de rechazo, al propio Roy.

Su intervención no pudo ser más oportuna, puesto que aquéllos que iban armados comenzaron a disparar sin importarles, ni poco ni mucho, que pudieran alcanzar a sus propios compinches.

El ruido de los disparos era un tanto amortiguado, pero perfectamente audible, en aquellas horas de silencio.

Seguramente por esto, fueron detectados por alguien que estaría tras la puerta por donde desaparecieron los que Sigfred y Roy siguieron anteriormente.

Primero hizo acto de presencia un hombre que gritó a alguien más.

Los recién aparecidos tampoco se anduvieron por las ramas, e hicieron uso de las armas.

El grupo, formado por el coronel y los tres capitanes, se hallaba en una situación comprometida al quedarse entre dos fuegos, zumbando alrededor de ellos los mortales proyectiles.

Se escucharon irrisorios lamentos, prueba inequívoca de que habían alcanzado a alguien.

Los que estaban al fondo, al lado de la puerta, gritaron:

— ¡Encended los faros del vehículo, imbéciles!

Uno fue a hacerlo, pero, por suerte, fue abatido sin conseguir su propósito.

De los tres que bajaron del vehículo, sólo quedaba uno de pie, quien, al ver caer a su compañero, gritó:

— ¡No disparéis, idiotas!

Sigfred se hizo cargo de la situación peligrosísima en que se hallarían, si aquél conseguía iluminar la zona.

No lo dudó un momento. En veloz carrera, alcanzó al que ya estaba al lado del vehículo y, de un zarpazo, le arrebató el arma, al

tiempo que le propinaba un golpe, dejándole fuera de combate en el acto.

Acto seguido, indicó a sus subordinados:

— ¡Rápido, al vehículo!

Roy ayudó a levantar a Peter y a John, que todavía permanecían maniatados.

Sigfred, tras sus palabras, comenzó a disparar hacia los que estaban en el fondo de la calleja, quienes, al apercibirse de ello, trataron de ponerse a cubierto.

El coronel vio, por lo menos, caer a uno.

Los otros tres o cuatro, seguramente pasado el primer momento de pánico, reaccionaron con rabia, al comprender que se les escapaba la presa, y contestaron con fuego graneado.

Pero su acción fue tardía; el vehículo partía, veloz, pilotado por Roy, y con el coronel y los otros dos capitanes maniatados a bordo.

El sonido de unas estridentes sirenas llegó hasta ellos, y Roy tuvo que efectuar una hábil maniobra para no darse de lleno con un coche patrulla, el cual, para evitar el encontronazo, casi da la vuelta de campana.

Sigfred le dijo, al comprobar que no les había pasado nada a los policías:

—No te detengas, sigue adelante. No conviene que nos identifiquen.

El coche patrulla, una vez hubo recobrado la estabilidad, salió en persecución de ellos, mas el tiempo que perdieron en reponerse del susto y en dar la vuelta, concedió una ostensible ventaja a los que pretendían alcanzar.

Durante la veloz carrera, Sigfred procedió a liberar de las ligaduras a Peter y a John, quienes se friccionaron las muñecas para activar la circulación de la sangre.

Sigfred les preguntó, medio en broma:

— ¿Cómo os han cazado, pobres incautos?

—Pues..., al salir del domicilio del tal Aland, nos dimos de lleno con dos «amables» individuos que, provistos de sus respectivas armas, nos invitaron, «con cierta delicadeza», a penetrar de nuevo en aquella estancia, que por cierto era muy confortable, ¿verdad, John?

— ¡Oh, sí...! Por lo visto, se daban la vida padre.

— ¡Ya...! Las mismas características existen en el domicilio de Karter. ¿Y qué más?

—Nada, ya puedes imaginar. Aquellos individuos, con cara de gorila, nos maniataron y, por no llevarles la contraria, accedimos a sus deseos, complaciéndoles, sumisos.

Roy, que todavía seguía pilotando el vehículo, no pudo aguantarse y dijo:

—O sea que, en pocas palabras, os portasteis como mansos corderitos, aceptando el sacrificio por adelantado.

—A ti te hubiera querido ver en nuestra situación, héroe de pacotilla, ante un par de fulanos que te apuntaban, y que no hubieran dudado en estropearle el estómago, y no precisamente a consecuencia de una succulenta comida.

—Nada, coronel, convéncete de que ese par de pimpllos no pueden alejarse de nuestros pantalones.

— ¡Sí, papá...! ¡Hemos pasado mucho miedo sin ti...!

Y al tiempo que Peter exclamaba esto, le propinó un cachete a Roy, que casi dio de narices contra el parabrisas.

— ¡Tú..., un poco más de respeto a la veteranía...! Y apártate de mi lado, que no hueles precisamente a rosas. Os recomiendo que cuanto antes os cambiéis de ropa interior, particularmente la que concierne a las posaderas...

— ¡Pero será cretino...! ¡El muy pedante...! En nuestro lugar te hubiera querido ver. Seguro que...

—Bueno, Peter. Dejemos el tema, que está tomando síntomas peligrosos, y termina de una vez describiendo la caza.

—Procedieron a cachearnos, por si íbamos armados, y nos despojaron de lo que nosotros nos apropiamos, por considerarlo

interesante, entre lo cual había unos *tickets* de un club nocturno, el Riely o algo así.

Sigfred se sacó algo del bolsillo e, iluminando la cabina del vehículo, le preguntó, mostrándole lo que llevaba en la mano:

— ¿Eran como éste?

Tras mirar lo que le enseñaba, contestó:

— ¡Exacto! Igual que ése. ¿Y ves...? No me ha fallado la memoria: el Riely.

— ¿Qué más sucedió?

—Luego de ser cacheados, nos maniataron las manos a la espalda, obligándonos a salir de allí para introducirnos en el vehículo que ocupamos, y en el cual esperaban tres individuos más.

— ¿No intercambiaron entre ellos alguna palabra que pueda resultar interesante?

—No, lo único...

— ¿El qué, John?

—Uno de ellos dijo que el jefe les daría una buena recompensa.

—Luego, ¿hay un jefe? —preguntó Roy.

—Tenemos que reconocer, coronel, que entre nosotros tenemos a un número uno de promoción que es una lumbrera, por sus clarividentes conclusiones.

—No vayáis a empezar de nuevo, John, y nos desviemos de la cuestión. ¿Reconoceríais a los que os detuvieron?

—A ojos cerrados —contestó Peter.

— ¿Incluyendo a los que esperaban en el vehículo?

—A ésos, por lo menos yo, ya no estoy tan seguro.

—Pero yo, sí, dado que como entré el primero, estaban vueltos hacia mí.

—Bien, magnífico. Ambos os vais a convertir en periodistas, e

indagaréis entre la policía lo que ha ocurrido, bajo el pretexto de que estabais por los alrededores y os habéis enterado del jaleo.

— ¡Y tanto que nos hemos enterado, como que, de poco, nos dejan tiesos...! —apostilló John.

—Sobre esa alusión, consistirá vuestra labor. Yo he visto caer, por lo menos a tres, y lo que tenéis que averiguar es si éstos y los otros dos están muertos.

Los tres capitanes quedaron perplejos, por las palabras de Sigfred.

Peter no se pudo contener, y preguntó, guasón:

— ¿No será para mandarles un presente *in memoriam*...?

—Ni mucho menos. Más tarde sabréis el porqué de esto que ahora os parece tan absurdo.

## CAPÍTULO V

Abandonaron el vehículo usurpado en un lugar discreto y, con el terrestre que llevaban a bordo del vehículo espacial, de nuevo se trasladaron a las inmediaciones del punto donde tuvo lugar la refriega.

El coronel y Roy se quedaron esperando, mientras Peter, con una cámara fotográfica, y John, acompañado de un magnetófono, se

dirigieron hacia el grupo de policías.

Iban a impedirles el paso, pero John, con desparpajo, les notificó:

—Periodistas del Herald Striptip...

Lo último lo dijo aprisa y entre dientes, por lo que los policías solamente se enteraron de las primeras palabras.

Se dirigieron a uno que parecía de más categoría, inquiriendo:

— ¿Qué ha pasado, jefe?

—Un caso corriente, que nos facilita el trabajo en gran manera. Una reyerta entre bandas rivales. Algunos de los muertos ya los teníamos fichados.

— ¿Hay muchos?

—Aquí cerca, cinco, y al fondo de la calle, tres más.

— ¡Qué barbaridad...! ¿Los han cogido a todos?

—Esta gente sólo suele dejar a los muertos que no les sirven para nada. Los vivos se escurren como sabandijas.

— ¿Nos permite hacer unas fotos, jefe? —inquirió Peter, mostrando su máquina.

—No hay inconveniente, puesto que, como les he dicho, los que están «tendidos», la mayoría tienen, mejor dicho, tenían, antecedentes.

John, con toda intención, quiso saber:

—Y de la banda oponente, ¿hay algún «fiambre»?

—No, éstos han sido más «vivos». Luego de realizar el «trabajito», según su argot, se han escabullido, poniendo tierra por medio.

— ¿Y no representa un peligro el que anden sueltos?

—No durarán mucho. Ellos mismos se han firmado la sentencia. Cuando dos bandas de delincuentes empiezan así, no paran hasta exterminarse.

—Pues sería un buen sistema suscitar entre ellos las reyertas.

—Para nosotros, ya lo creo.

Entretanto, Peter simulaba tomar unas fotos, pero lo que hacía, en realidad, era cerciorarse de si entre las víctimas se encontraban sus aprehensores.

John hizo otro tanto, al tiempo que iba formulando las preguntas al policía, a quien le «freía» con el título de «jefe», y que éste, muy complaciente con la prensa, le iba contestando, extendiéndose en detalles.

Considerando que ya habían aclarado lo que les interesaba, y bajo el pretexto de alcanzar la edición para incluir el reportaje, se despidieron del «jefe», dándole las gracias por sus facilidades y locuacidad.

Caminaron un buen trecho hasta donde estaban estacionados Sigfred y Roy, en el vehículo terrestre.

El primero inquirió, cuando hubieron tomado asiento:

— ¿Habéis reconocido a alguien?

—Los dos que nos ataron, están muertos —contestó Peter.

—Y lo mismo, les ha pasado a los tres que esperaban en el vehículo —manifestó John.

—Bueno, con ello queda eliminada la posibilidad de que esos individuos os pudieran reconocer.

— ¿Y por qué esa preocupación?

—El que os haya mandado para asegurarnos de que nada teníamos que temer de esos individuos, no ha sido un mero capricho mío.

—Desde luego. Suponemos que tus razones tendrás —dijo el mismo John.

Sigfred continuó:

—Veréis... Es evidente que ambos encartados tienen que ver o han tenido algo con el club nocturno El Riely. Prueba de ello es que ambos tenían *tickets* del mencionado club.

— ¿Y qué relación hay con todo lo nuestro?

—Mucho, y lo principal, el propio club.

Los demás compusieron una cara rara, como dando a entender que no comprendían ni una palabra de cuanto había dicho el coronel, quien, interpretando sus expresiones, prosiguió:

—Me explicaré. Los cuatro tenemos que hacer lo posible por introducirnos en El Riely. De existir los que os vieron, podía resultar peligroso el que os reconocieran, y entonces, no solamente podíais sucumbir en sus manos, sino que se iría al traste el plan que he concebido.

— ¡Acabáramos, hombre...! La verdad, no sabía adónde ibas a parar.

—Pues ya estás enterado, Peter.

Y dirigiéndose a Roy, le indicó:

—Vamos a dar la vuelta a la manzana donde está enclavada la calleja del jaleo.

—De acuerdo, Sigfred. ¿Persistes en tu idea?

—Desde luego.

Roy hizo lo que el coronel le indicó y, al desembocar en aquella calle principal, a poco de adentrarse y a mano izquierda, existía un descomunal letrero, con luces combinadas, en el que se podía leer: «El Riely», y abajo, con letras más pequeñas: «*Night-Club.*»

Peter y John, asombrados, preguntaron:

— ¿Cómo sabías dónde estaba situado?

Roy, con suficiencia, contestó:

—Cuestión de lógica, muchachos.

\* \* \*

El coronel Sigfred Edmund le dio cuenta al general de las gestiones realizadas y, a petición propia, rogó que fuera relevado el

jefe y su ayudante de la Base que fue atacada, nombrando en su lugar a él y a sus hombres adscritos a la misma, con la finalidad de que pudieran desenvolverse con mayor libertad.

El general atendió su petición y, cuando el coronel con sus capitanes llegó a la Base como jefe de la misma, el anterior y su ayudante, únicos conocedores de lo que fueron a hacer allí en su anterior visita de paisanos, ya habían sido destinados a otro lugar.

Lo primero que hizo Sigfred fue activar los trabajos de reconstrucción de la Base, y reorganizar los escuadrones de vigilancia.

Al mando de tres de ellos, puso a los capitanes Roy, Peter y John. De este modo, podía tener plena seguridad de que las misiones encomendadas serían cumplidas y, al mismo tiempo, extendía la red de información.

Por la noche, algunos de los oficiales que formaban parte de los escuadrones al mando de Roy, Peter y John, ya sea por congraciarse con sus nuevos jefes o para que conocieran las diversiones del lugar, les propusieron salir para divertirse un rato.

Accedieron a la propuesta, y los tres se fueron con sus nuevos camaradas, puesto que ellos seguían las directrices de su coronel, en cuanto al tratamiento dispensado al personal a sus órdenes.

Esta circunstancia causó muy buena impresión entre los componentes de sus nuevos escuadrones, puesto que siempre se temía la rigidez que pudiera ejercer un nuevo jefe.

Le comunicaron a Sigfred si quería formar parte de la salida, contestándoles:

—No, es mejor que vayáis vosotros, y haced lo posible por visitar el club que sabéis. Estad atentos a todo y, si no nos equivocamos en nuestras suposiciones, lo demás vendrá por añadidura, y sin tener que forzar las cosas.

—De acuerdo, como tú dispongas.

La contestación de Roy fue hecha en presencia de los demás oficiales que les habían invitado y a quienes explicó, luego de cortar la comunicación:

—El coronel ha dicho que tiene mucho trabajo, y no puede acompañarnos. Así que, en marcha.

Con el bullicio propio de la juventud, ocuparon un vehículo de la Base, conducido por un subalterno, y los tres capitanes, con sus oficiales, dos por cada escuadrón a su mando, se fueron hacia la ciudad.

No fue necesario que Roy insinuara lo que le había recomendado Sigfred, puesto que uno de los oficiales residentes en la Base, preguntó a los demás:

— ¿Qué os parece si llevamos a nuestros jefes a que conozcan El Riely? Creo que lo pasarán bien.

—Sí, capitán. Hay unas chicas preciosas.

Ratificó un oficial al capitán John, quien le reconvino:

—Fuera del servicio, nada de tratamientos, teniente. Sólo nos separa un grado, así que tutéame, muchacho. Y esto que sirva para todos.

Este pequeño detalle de John sirvió para remachar la buena impresión que les causaron en principio, al ser presentados como jefes de sus escuadrones.

Llegaron ante El Riely, en donde penetraron, particularmente los tenientes, como si estuvieran en su propia casa.

Les confirmó esta impresión a los capitanes el comprobar que se desvivían en atenderles, tanto un grupo de muchachas de buena presencia, que casi acudieron en tropel, al descubrir el grupo de uniformados oficiales, como el propio *mâître*.

Este, con el empaque y melosidad de quien desea servir a distinguidos clientes, les condujo a una de las mejores mesas, un reservado podría decirse, por permanecer a cubierto del resto de la concurrida sala.

Uno de los tenientes, en un aparte con Peter, le comunicó, eufórico:

—Las chicas se vuelven locas por los cosmonautas y, como constituimos un reclamo que da prestigio al local, la casa nos lleva en palmitas y, en muchas ocasiones, no nos cuesta nada lo que podamos consumir. Nos obsequian mucho, ¿sabes? Ya verás; si nos cobran, es una cantidad irrisoria.

Peter tomó buena nota de las manifestaciones del eufórico teniente encuadrado en su escuadrón.

La reunión se fue animando, por obra y gracia de los licores que se iban sirviendo con manifiesta prodigalidad.

Tanto Roy, Peter y el mismo John, se mostraron comedidos en las libaciones y, aunque sin desentonar en el ambiente que se había suscitado, estaban en sus cabales, y con la lucidez suficiente para captar con claridad lo que se hacía, y, principalmente, lo que se hablaba.

Los tenientes, quizá menos expertos o predispuestos de antemano a pasarlo bien, despreocupadamente, iban tomando cuanto se les servía, y charlando hasta por los codos.

Aquellas muchachas sabían hacer las preguntas muy bien, de forma que quien no estuviera advertido, las consideraría intrascendentes.

De vez en cuando, las chicas se levantaban, para volver de nuevo a la reunión, circunstancia que no podía dar lugar a sospechas, dada la duración de ésta.

El *maître* les visitó tres o cuatro veces, interesándose por si lo pasaban bien o deseaban algo especial.

Por no tener un servicio determinado al día siguiente, la juerga se prolongó hasta altas horas.

Al llegar el momento de abonar la consumición, el *maître* manifestó:

—Obsequio de la casa, en honor de los nuevos capitanes, que esperamos, en lo sucesivo, nos honren con su presencia.

Roy contestó por ellos:

—Gracias, muy amables.

— ¡Ah...! También tendremos mucho gusto de ver por aquí a su coronel.

—Así se lo haré saber, y quizá consigamos «arrastrarle».

Añadió el mismo Roy, poniéndose a tono con la pegajosa amabilidad de aquel individuo:

—Casi seguro que vendrá, puesto que aquí se pasa un rato agradable.

—Pues hasta cuando quieran.

Las muchachas se despidieron, muy efusivas, del grupo de cosmonautas, especialmente de Roy, Peter y John.

Aunque ellos simulaban hallarse en el mismo estado eufórico que los tenientes, la verdad es que no perdieron detalle de cuanto se habló.

Llegaron fácilmente a la conclusión de que aquellas jóvenes de fácil vivir, estaban aleccionadas de antemano para cumplir una tarea determinada.

Se llevaron a los tenientes, que todavía se hubieran quedado, y, ya metidos materialmente en el vehículo, emprendieron el regreso a la Base.

A la mañana siguiente, tuvieron los tres capitanes una reunión con su coronel, al que expusieron sus impresiones sobre la salida con los tenientes.

Roy dijo:

—La cosa está clara. Se les trata con deferencia y se les obsequia, con la finalidad de sacar toda la información posible, que resulte útil a sus finalidades.

—De cuya información irán dando periódica cuenta a alguien.

— ¿Cómo has llegado a esa conclusión, John?

—Pues sencillamente, coronel. En una de las ausencias de las chicas, salí tras una de ellas. Se introdujo en una puerta en la que campeaba la palabra «Dirección».

»En vista de ello, para disimular, me encaminé a los servicios, y dio la casualidad que, cuando regresaba, ella estaba de espaldas, sosteniendo el pomo de la puerta, como atendiendo a lo que le pudieran decir en última instancia.

—Sí, es factible que hayas dado en el clavo.

Ahora intervino Peter:

—Una cosa, Sigfred. Luego de lo que hemos visto con los tenientes, le he estado dando vueltas sobre los *tickets* que encontramos en los domicilios de Karter y Aland.

—Y bien. ¿Qué idea te ha surgido?

—Pues que este simple hecho no puede constituir una prueba evidente de culpabilidad...

Sigfred le interrumpió:

—Un momento, Peter. Creo que nadie se ha pronunciado en una sentencia. Dices bien que esto no es suficiente prueba, pero no me negarás que algo tendrían que ver con ese club, desde el momento en que dichos domicilios estaban vigilados, y no sabemos lo que os hubiera podido pasar a vosotros, de no mediar la circunstancia de encontrarnos en aquella calleja.

—En ese aspecto tienes toda la razón. En cuanto a los *tickets*, no me extrañaría hallarlos también en poder de cualquier teniente.

—Es posible. Pero dejemos esta eventualidad ahora. Queda bien sentado, por cuanto me habéis dicho, que, veladamente, tratan de enterarse de cuanto pueda suceder en la Base.

—Exacto —confirmó John.

—Pues bien. Dejemos que sigan por ese camino, que ellos mismos serán las víctimas de su trama. Lo que nos urge, por el momento, es establecer nuestros turnos de vigilancia. Así pues, vamos a tratar del asunto.

## CAPÍTULO VI

Los servicios de patrulla se fueron sucediendo, sin que se suscitara novedad alguna, y casi ya habían relegado en el olvido los efectos del «soplo maldito».

Estaba el capitán Roy con su escuadrón de servicio, otro de los muchos rutinarios, cuando captó una llamada de socorro.

Inmediatamente, dio la orden a sus tenientes que le siguieran.

No tardaron en divisar una astronave que daba tumbos, como si se tratara de una hoja sacudida por un vendaval.

Roy, reiteradamente, solicitó que se diera a conocer:

—Comandante escuadrón a astronave. ¡Identifíquese!

A duras penas pudo enterarse, ya que las comunicaciones estaban perturbadas, que se trataba de una cosmonave civil, de servicio interplanetario regular.

— ¡Sálgase de esa zona...! ¿Cómo es que están navegando por ahí?

Era una labor ardua, el entenderse.

Roy, por palabras sueltas, pudo descifrar que, por error de

cálculo, habían invadido aquella zona.

Los detectores de a bordo denunciaron que detrás de ellos existían dos astronaves que llevaban el mismo rumbo.

Insistió, una vez más, en que la astronave civil abandonara aquel lugar peligroso.

El comandante de la misma, contestó:

— ¡Imposible...! ¡No podemos dominar la nave! Nos arrastra un huracán. Los focos nos van a hacer estallar la cabeza. ¡Es horrible...!

Estableció comunicación urgente con la Base:

—Comandante escuadrón de servicio, capitán Roy, a coronel Base. ¡Urgente...!

Casi en el acto, el mismo coronel contestó:

—Dime, Roy. ¿Qué sucede?

—Una nave civil, atrapada por «el soplo maldito». No pueden salir de su zona, sufriendo los pilotos las consecuencias que sabes. Detrás de nosotros navegan dos astronaves sin identificar. ¿Qué hacemos?

—Sólo cabe una solución, Roy, y esperemos que dé el resultado apetecido. Virad en redondo y dirigiros hacia la posición que ocupan esas dos astronaves. Solicita su identificación y, en caso negativo, cumples con las disposiciones reglamentarias.

— ¡A la orden!

—Tenme al corriente de los acontecimientos.

—Así lo haré.

Roy transmitió la orden a su escuadrón, adquiriendo la formación de combate y, a la máxima velocidad que desarrollaban sus diminutos vehículos interplanetarios, pusieron proa hacia aquellas dos gigantescas astronaves.

Al darse cuenta de la maniobra del escuadrón de servicio, el comandante de la astronave civil, casi chilló:

— ¡No nos abandonéis...! ¡Eso es como un asesinato!

¡Denunciaré el caso, si... vivimos!

Resultaba desgarrador oír estas palabras, pero Roy seguía adelante. Tenía plena confianza en su coronel, y sabía que, desde el momento en que había ordenado aquello, lo había hecho con alguna finalidad.

Uno de los tenientes de su escuadrón, dijo:

—Señor, solicito permiso para acompañar a la astronave civil.

—Permiso denegado, teniente. Límitese a permanecer en la formación.

—Señor, no podemos dejar abandonados a esos infelices...

—Cumpla la orden que se le ha dado; de lo contrario, será sometido a un correctivo disciplinario.

Lo chocante del caso es que a Roy también le dolía el tener que abandonar a aquella pobre gente, sentimiento que era compartido por el resto del escuadrón.

Pero siguió adelante, cumpliendo lo ordenado por el coronel Sigfred Edmund, por inhumano que le pareciera.

Las distancias se iban acortando ostensiblemente entre el escuadrón y las dos naves misteriosas.

Roy solicitó que se identificaran y, por más que lo repitió, un silencio absoluto fue la contestación a sus preguntas.

Sin dilación, ordenó:

— ¡Atención, escuadrón...! Preparados proyectiles aviso. ¡Disparen!

A las pocas fracciones de segundo, diez nubecillas surgieron alrededor de sendas astronaves.

Roy repitió la llamada con resultados idénticos.

Iba a ordenar que hicieran uso de los proyectiles destructores, cuando notó que su nave, al igual que las componentes del escuadrón, fueron sacudidas como inmersas en fuertes torbellinos.

En su afán de interceptar el camino a aquellos silenciosos

navegantes, Roy no se había dado cuenta, ni mucho menos los tenientes, por ignorar aquel procedimiento, que los puntos luminosos, uno a cada lado de la formación, habían retrocedido hacia ellos.

Cuando el capitán Roy sospechó lo sucedido, ya estaban comprendidos en la influencia del campo originado por el temido «soplo maldito».

Todavía tuvo tiempo de dirigir una fugaz mirada hacia la astronave civil, viendo que navegaba con toda normalidad.

Entonces entendió claramente la orden dada por Sigfred, y al mismo tiempo lamentaba el que ellos fueran a caer en la ratonera.

Así se lo quiso hacer saber al coronel, pero con las comunicaciones interferidas, no hubo forma de establecer contacto.

Recordando la experiencia que ya había tenido, y la orden dada por Sigfred, advirtió a su escuadrón:

—No miréis a los puntos luminosos. Redoblad vuestros esfuerzos en dominar la nave. Acelerad a fondo los impulsores, rumbo a las dos astronaves que tenemos al fondo. ¡Rápido!

Los efectos del «soplo maldito» se iban acentuando, y la astronave que formaba a la derecha de Roy, cruzó peligrosamente por delante de la del capitán, quien le gritó:

— ¡Cuidado...! ¡Tuerce a la izquierda!

Lo más probable es que el teniente ni se enterara, pero él, instintivamente, accionó uno de los propulsores laterales y, gracias a ello, se libró del encontronazo mortal.

Pero no fue tan afortunado el teniente que perdió el control, y el otro con el que chocó.

Ambas astronaves fueron a encontrarse de frente, a consecuencia de lo cual, una llamarada brotó, y miles de pedazos se esparcieron por el espacio infinito.

Roy sabía del pánico psicológico que se originaba en los que estaban poco versados en estos incidentes; lo sabía por haberlo vivido en propia experiencia.

Por eso, con voz enérgica, le comunicó;

— ¡Poned los cinco sentidos en el control de la nave! ¡Acelerad los impulsores y seguid adelante! ¡Adelante, sin decaer un ápice...!

Las palabras del capitán parecieron causar el efecto apetecido, en los tenientes que restaban del escuadrón.

Ya fuera porque redoblaron sus esfuerzos o por salirse de la zona de influencia del «soplo maldito», lo cierto es que las tres astronaves partieron como flechas hacia aquellas dos que no quisieron contestar a los requerimientos de Roy.

Estas, al comprobar que se les venían encima, quisieron contener su avance, disparando sobre el diezmado escuadrón.

Los detectores especiales que llevaban incorporados en sus modernas astronaves, denunciaron la trayectoria de los proyectiles, y el control automático entró en funciones para evitar el impacto, cuyos proyectiles se perdieron en el infinito.

Inesperadamente, las comunicaciones se restablecieron con la base, y el coronel preguntó:

— ¡Roy! ¿Qué está pasado por ahí?

En precipitadas palabras, explicó lo sucedido, y, al tener conocimiento el coronel de la pérdida de dos de sus muchachos, le preguntó:

—A la distancia que estáis, ¿os extorsiona «el soplo maldito»?

—En absoluto.

—Bien, manteneos a esa distancia, y no destruyáis las naves. Nos interesa apresarlas.

—No sé si podremos...

El coronel le cortó:

—Salimos en vuestra ayuda. Lo más seguro es que «el soplo maldito» no os molestará, si conserváis la separación actual. Es esto lo que debéis procurar, por encima de todo.

—Esperemos que estés en lo cierto.

—Mantenme al corriente. Vamos por vosotros.

Cortaron la comunicación, y Roy dio instrucciones a los dos tenientes:

—Hay que conservar la distancia que nos separa de esas astronaves.

— ¿No las vamos a destruir? —preguntó uno de ellos.

—No. Al coronel le interesa apresarlas. Vienen en nuestra ayuda.

Las naves no identificadas pronto se dieron cuenta de la inutilidad de sus disparos, puesto que los diminutos vehículos de sus perseguidores continuamente se salían del campo de tiro, cuando ya creían que eran un blanco fácil.

Variaron de rumbo, ya que, de mantener el que llevaban, pronto se encontrarían.

Redoblaron la velocidad para aumentar la distancia que les separaba.

Inútil esfuerzo para los que pretendían huir. El diezmado escuadrón seguía sus evoluciones, sin que aumentara o disminuyera el espacio que les separaba.

Parecían haberse convertido en tres satélites de aquellas dos enormes astronaves.

Seguramente, esta circunstancia inquietó más de la cuenta a los perseguidos que, en dos o tres ocasiones, pretendieron deshacerse de ellos con sendas andanadas.

Sus pretensiones resultaron fallidas. Las navecillas tenían una movilidad pasmosa, y los proyectiles se perdían en el vacío, sin lograr sus objetivos.

Nuevamente emprendieron veloz carrera para despegarse, mas el escuadrón seguía pegado a sus talones.

Repitieron la maniobra en varias ocasiones, con los mismos resultados.

Roy vio cómo de una de las astronaves partían dos puntos. Sospechó las consecuencias y, por ello, advirtió a los tenientes:

—Afianzaros bien a los mandos, y mantened la mirada fija en los que llevamos delante.

No fue desencaminado, al prevenirles.

De soslayo, comprobó que aquellos puntos, equidistantes de la posición que ocupaban ellos, uno a su respectiva derecha y el otro a la izquierda, fueron aumentando en intensidad lumínica.

A poco, comenzaron a dejarse sentir los efectos de «el soplo maldito», aunque en una forma más moderada.

En la presente ocasión, podían dominar perfectamente a sus máquinas, que respondían a sus esfuerzos.

Pero no sucedió lo mismo con las grandes astronaves que, de súbito, parecieron perder el control, efectuando las más inverosímiles cabriolas.

Entonces comprendió Roy la clarividencia del coronel, al ordenarles que mantuvieran la distancia, a toda costa.

Aquéllos, en un último intento para librarse de sus perseguidores, habían recurrido a su contundente arma secreta, y se encontraban con que sufrían sus fatídicas consecuencias.

No pudo establecer contacto con Sigfred, puesto que las comunicaciones quedaron nuevamente anuladas, a consecuencia de las interferencias de «el soplo maldito».

Fuera por error de cálculo o que la influencia ejercida estaba en relación directa con el volumen de la astronave, lo cierto era que aquellas naves parecían endebles papelillos, llevados y traídos con una danza loca en medio de remolinos.

En dos ocasiones, estuvo a punto de producirse el desastre entre ellas mismas.

Eran víctimas de su propio ingenio, y Roy pensó que ahora sabrían lo que era bueno.

De pronto, y sin saber a qué causa achacarlo, una de las grandes astronaves estalló, y el espacio se llenó de objetos que, a su vez, producían otras tantas explosiones.

Roy y los tenientes trataron de salirse de aquella peligrosa zona.

Las diminutas naves, tras efectuar diversos virajes bruscos, tuvieron que soportar que el detector de proyectiles quedara

inutilizado.

El capitán Roy notó unos impactos en su astronave y, cuando quiso acelerar, tomando los mandos directos, se apercibió que su vehículo no respondía con su habitual prontitud.

Inmediatamente, gritó a los dos tenientes:

— ¡Alejaos de este maldito lugar...!

No prosiguió, al recordar que las comunicaciones, probablemente, estarían bloqueadas.

Pero no fue así. Pudo escuchar claramente cómo decía uno de los tenientes:

—No puedo, capitán. Estoy tocado.

A esta desesperante situación se añadió la noticia del otro teniente:

—Capitán, tengo una avería que me impide maniobrar.

Ante esto, Roy no pudo por menos que exclamar:

— ¡Pues sí que estamos buenos...! Yo me encuentro en parecidas condiciones. Así que, muchachos, a capear el temporal lo mejor que podamos.

Entretanto, todo aquel infierno de explosiones cesó con la misma rapidez que se inició y, ya en la lejanía, pudieron ver navegando a toda prisa a la astronave gigante que, por lo que se deducía, había salido indemne.

Entonces pudo darse cuenta Roy de que los puntos luminosos estaban a punto de extinguirse, como así sucedió a los pocos segundos.

Trató de imprimir más velocidad a su vehículo para dar alcance a la nave fugitiva, sin acordarse del precario estado en que había quedado la suya y las de los tenientes que le acompañaban.

Con desesperación, tuvo que desistir de su empeño.

## CAPÍTULO VII

El coronel Sigfred Edmund, luego de la conversación mantenida con Roy, levantó inmediatamente el vuelo, acompañado de los capitanes Peter y John.

Se encaminaron hacia el lugar en que Roy indicó su situación en el espacio.

Pero desde el momento que la comunicó, hubo mucha movilidad, y ya se encontraban en las inmediaciones, sin descubrir presencia alguna.

Las reiteradas llamadas del coronel, no obtuvieron respuesta alguna, por lo que los tres comenzaron a temer por la suerte de Roy y los dos tenientes.

No obstante, siguieron adelante, con la esperanza de descubrirles, aunque ellos sabían que, si esto no sucedía pronto, podrían darles por perdidos definitivamente.

El coronel, por medio de sus aparatos detectores a gran distancia, observó la presencia de una astronave.

Comprobó la ruta que llevaba. Se dirigía hacia la Tierra, y navegando precisamente por el área B-15.

Esta circunstancia le hizo entrar en sospechas, por lo que comunicó a John y a Peter:

—Nos vamos a separar en este punto. Vosotros os adentráis en el área B-15, rumbo Urano. Si en ese trayecto no localizáis a Roy y los suyos, regresad. Yo voy a averiguar el camino que lleva la astronave

localizada.

—De acuerdo.

—De cualquier novedad que se suscite, ponedme al corriente de inmediato, tanto sea en bien como en mal.

—Así lo haremos —contestó en esta ocasión John.

Los más negros presagios anidaban en sus mentes, referentes a Roy y los que quedaban de su escuadrón.

Mas ellos estaban versados en estas lides, y la experiencia les había enseñado que no conducía a nada adelantar los acontecimientos, pues éstos podían resultar fallidos, tanto en el aspecto positivo como en el negativo.

Pronto fueron apartados los malos presagios, y cada uno centró su mente en la misión encomendada.

Sigfred seguía ganando terreno. En esta ocasión, se revestiría de paciencia hasta averiguar el destino que llevaba aquella astronave.

Cuando consideró que la distancia que les separaba era la adecuada para pasar desapercibido, y darle alcance en caso necesario, la fue manteniendo, conectando los mandos automáticos.

De este modo, pudo comprobar que la entrada en la atmósfera terrestre se efectuaba por el mismo lugar que lo hizo aquella otra, de cuyos restos no encontraron ni rastro.

Más tarde, se adentraba en el hemisferio donde la noche era la nota imperante.

No le extrañó un ápice que su destino fuera la zona desértica que ya conocía, como así fue.

Le resultó fácil distinguir, en medio del desierto, unos puntos luminosos.

Consultó las cartas de navegación, y en ellas no aparecía la existencia de ningún oasis y, mucho menos, ciudad.

Se aproximó más, al comprobar que la gran nave iba descendiendo, a medida que se acercaba a los puntos luminosos que, por momentos, iban creciendo en intensidad.

Posteriormente, el coronel quedó maravillado.

A sus pies, en medio de aquella zona inhóspita, en el corazón de la misma, pudo distinguir la existencia de un reducido astródromo.

El coronel, rápidamente, fijó la posición en la carta que comprendía el espacio que sobrevolaba, y en ello estaba cuando comenzaron a sonar, a su alrededor, peligrosas explosiones.

¡Le habían descubierto!

Tomó altura para salvaguardarse de nefastas consecuencias, pero se llevó una nueva sorpresa desagradable.

Desde tierra, habían cesado el fuego, mas, amenazadoramente, pasaron cerca de su pequeña astronave estelas de proyectiles trazadores.

Por la pantalla detectora, pudo descubrir que eran tres vehículos espaciales los que pretendían darle caza, y la posición que él ocupaba no era la más ventajosa, ni mucho menos.

No lo pensó dos veces. Inició un escalofriante picado, enfilando la posición del astródromo pirata.

Los perseguidores saltaron tras él, pero no efectuaron ningún disparo, seguramente por temor de dañar las instalaciones.

Por el contrario, el coronel puso en acción todos los elementos de ataque de que disponía, y su máquina se convirtió en un meteoro, vomitando fuego.

Las luces de allá abajo se fueron apagando.

No supo si fue por haberlas alcanzado con sus disparos o por precaución de los que recibían los impactos.

De lo que sí estuvo seguro es que se produjo una terrible explosión, cuya onda expansiva llegó hasta él, y la noche se iluminó, a consecuencia de una gran llamarada.

El coronel no tuvo más remedio que actuar del modo que lo hizo para evadirse de la situación delicada en que se hallaba, aunque sus intenciones no fueran lograr el resultado que se produjo.

Lo más probable fue que, al dirigirse a toda velocidad, y centrar el fuego en las instalaciones terrestres, sus impactos alcanzaran de

lleno a la astronave que allí se posó.

El pudo salirse rápidamente de aquel espacio peligroso, pues, tras la primera explosión, se fueron sucediendo otras de menor intensidad, pero no por ello menos peligrosas.

Confirmó esto el que uno de los tres vehículos que le perseguían, fue a estrellarse a poca distancia del caos provocado por la audaz acción del coronel.

No obstante, las otras dos le seguían en su empeño de derribarle, puesto que, de nuevo, los proyectiles luminosos se prodigaron a su alrededor.

Pero, con su arrojo, la situación había variado por completo. Ahora se encontraba en franca ventaja.

Ascendió verticalmente para luego efectuar un giro, que le permitió atacarles por la espalda.

A la primera andanada, otra nave enemiga quedó eliminada y, envuelta en llamas, fue a estrellarse en la inmensidad del desierto.

La única que quedaba supo zafarse del mortífero ataque de Sigfred, y entre ellos se entabló un duelo, que únicamente podía terminar con la destrucción de uno de los contendientes.

Si experto era el coronel Sigfred Edmund en el manejo de la máquina y en los combates nocturnos, su rival no se quedaba atrás.

De ser de día, la cuestión se hubiera solucionado por la vía rápida, pero daba la circunstancia de que era de noche, y en ese caso tenían que supeditarse a las indicaciones de los aparatos electrónicos.

Se fueron sucediendo las alternativas, y cada momento propicio era aprovechado por cada una de las partes para soltar sus mortíferos mensajeros.

Se le había presentado un digno rival al coronel. Esto lo supo desde el primer instante en que quedaron solos.

En una de las evoluciones, un proyectil atravesó la protección acorazada de la nave que tripulaba el coronel, y el impacto fue a dar de lleno en su pantalla de rastreo.

Esto le suscitó un grave problema, puesto que le privó de un

elemento básico, indispensable en la contienda entablada con su enemigo.

¡Era como volar a ciegas, a merced de su rival...!

Este pareció sospechar, por la situación que estaba atravesando el coronel, y redobló sus esfuerzos, lanzándose a un ataque desesperado.

Sigfred, estoicamente, resistió el alud que se le venía encima, e intuitivamente maniobró para salirse de la línea de tiro.

Esto le salvó de una muerte segura, pues su enemigo creyó alcanzarlo de lleno.

La confianza le perdió. En sus deseos de terminar cuanto antes, su atacante se lanzó sobre él a toda la velocidad que le permitía su máquina.

El coronel tuvo que reducir la marcha, y el que venía detrás, disparando cuanto disponía a bordo, pasó como una exhalación por encima de Sigfred.

Este momento fue aprovechado por él para pegarse a la cola, tomando como punto de referencia las llamaradas de los tubos de escape de los impulsores de la nave que pilotaba el que pretendió destruirle.

Inmediatamente que ocupó esta posición, presionó los disparadores, y de la nave que momentos antes le perseguía, comenzaron a brotar nefastas llamas para, momentos después, precipitarse contra el suelo, hecha una antorcha.

Allá al fondo, un resplandor intenso fue el final de la estela que dejó tras sí la nave alcanzada.

Sigfred hubiera deseado aterrizar cerca del lugar del que surgió aquel astródromo, pero teniendo averiado su sistema de visibilidad, lo más probable era que se estrellara.

Así que decidió tomar altura y, a marcha reducida, se encaminó hacia la Base.

Durante el trayecto, recibió la tan esperada comunicación de Peter y John:

—Les hemos encontrado, coronel, y estamos camino de casa.

— ¡Magnífico! Allí nos veremos.

\* \* \*

El coronel, en un alarde de pericia, logró tomar tierra en la Base.

Más tarde, cuando ya estaba amaneciendo, lo hicieron Peter, John y Roy, con los dos tenientes.

Antes de irse a descansar, Roy rindió un informe completo de cuanto le había acontecido.

Por su parte, Sigfred, lacónicamente, resumió su actuación, finalizando con estas palabras:

—Nuevamente se nos han escapado de las manos. He tenido que sostener un combate en el que estaba en juego mi existencia, y, a consecuencia de ello, todas las pruebas han desaparecido.

Roy, enterado de que el coronel fue en pos de la gran astronave a la que él y los suyos no pudieron dar alcance, manifestó, extrañado:

—Bueno, bueno, algún resto habrá quedado, ¿no?

—Estoy seguro de que no. Para mayor seguridad, he mandado una patrulla de reconocimiento al lugar de la contienda. Allí ya es de día y, de un momento a otro, espero sus informes.

Peter preguntó:

—El lugar al que haces alusión, es de suponer que será el mismo donde quedaron esparcidos los restos de la nave, y que luego no encontramos por ninguna parte. ¿Es así? ,

—Exacto.

—En tal caso, comparto tu presentimiento.

Nada más terminar Peter de decir estas palabras, se encendió una luz roja en el panel de comunicaciones, de cuyo complicado mecanismo comenzó a salir un papel, en el que quedaba impresa una

determinada zona, y en la cual no aparecía ningún signo por el que se pudiera interpretar la existencia de algo.

Sigfred, luego de efectuar unas comprobaciones, indicó a los capitanes:

—Lo que os decía, ni rastro. Lo mejor será que nos retiremos a descansar, y más tarde, continuaremos.

Muy gustosos, aceptaron la proposición del coronel, ya que la verdad era que entonces se apercibieron de la fatiga que les embargaba.

Al penetrar Sigfred en su alojamiento, notó algo raro en el mismo, como si hubiera sido registrado por una mano sutil.

Más que plena seguridad, fue un presentimiento, por lo menos, en principio.

Este presentimiento se desvaneció momentos después, al hallar una cartulina en la que destacaba el nombre El Riely.

Leyó:

«Coronel, esta noche celebramos una fiesta en su honor y en el de sus capitanes. Nos sentiremos muy honrados con su presencia.

«La

Dirección.»

Se quedó pensativo, con la cartulina en la mano, dándose golpecitos en la palma de la otra.

Ya no le quedó la menor duda de que quien fuere el que la llevó, se dedicó a husmear en sus cosas, aunque, de momento, no encontró nada en falta.

Tardó un buen rato en dormirse y, cuando esto sucedió, vencido por el cansancio, ya había decidido asistir a la anunciada fiesta.

Quizá influido por este pensamiento, su sueño fue acompañado por la visión de una hermosa mujer que, con mimos, en unas

ocasiones, y con despotismo, rayando con la crueldad, en otras, trataba de conseguir informaciones sobre sus planes relacionados con las naves piratas.

## CAPÍTULO VIII

La noticia que les dio el coronel a los capitanes Peter, Roy y John, de que iban aquella noche al *night-club* El Riely, fue bien acogida.

—Pero tened presente que nada de sobrepasaros. Desde el primer momento que note en vosotros que habéis perdido el control, se terminó la fiesta.

—Hombre, Sigfred, no hay que ser tan severo. Tú mismo comprobarás que los halagos son muy tentadores, sobre todo partiendo de unas preciosidades.

—No olvides, Peter, que muchas hermosuras han sido la causa de la perdición de hombres a los que se les consideraba ecuanímes en todos los sentidos. La historia está plagada de ejemplos.

—Puedes estar tranquilo, Sigfred. Es demasiado feo para que se puedan fijar en él.

—Mira, Roy, si esperas que me sienta ofendido por tus palabras, estás en un error. Si partimos del dicho de que el hombre y el oso...

—En cuanto a feo, se ajusta muy bien a tu persona, Peter, pero

en lo referente a hermoso, deja mucho que desear.

—No, hombre, no; no es por ahí. Me refería a lo de peludo y tú lo eres un rato... Si no, que se lo pregunten al peluquero que, cuando te presentas, tiembla y tiene trabajo intensivo durante unos días, porque, si descansa, vuelta a empezar.

Sigfred intervino:

—Total, que Peter quiere decir que tu cuero cabelludo es tan prolífero, que podría compararse a la tela de Penélope, pero con pelo.

—Sí, claro, eso es, y con el agravante de que el buen «figaro» queda extenuado, y luego, por si faltaba poco, tiene que renovar todo el material.

—Te crees muy gracioso, Peter. Me recuerdas a uno de mi promoción...

— ¡Alto ahí...! Ya sabemos que fuiste, el número uno, y recuerda la promesa que te hicimos.

—Yo no he hecho mención a que fuera el número uno. He dicho que uno...

— ¡Que no, hombre, que no...! No aguanto más el rollo. ¡Peter, vamos por él...!

John y el aludido se lanzaron sobre el pobre Roy, con la sana intención de vapulearle, y así hubiera sucedido, de no aparecer un ordenanza, diciendo al coronel:

—Señor, el vehículo solicitado les espera.

—Gracias, muchacho. Ahora vamos.

Los ánimos se calmaron, y se dispusieron a salir, muy formalitos, del despacho del coronel, donde éste les había convocado.

Por uno de los pasillos, antes de alcanzar la puerta, se cruzaron con una teniente femenina, de quien los capitanes apenas se apercibieron.

No le sucedió lo mismo al coronel, cuyo tipo le llamó poderosamente la atención y, aunque no le vio la cara, estaba seguro de que constituiría un digno remate a aquella escultura viviente.

Luego, por rara asociación, le vino a la memoria la impresión que tuvo de que su alojamiento fue registrado, y muy bien podía haberse tratado de unas manos femeninas.

Tal fue el impacto que le produjo que, sin darse cuenta, incluso refrenó sus pasos, quedando rezagado de la marcha que llevaban los capitanes.

Roy, al darse cuenta de ello, comentó con los otros dos:

—Me da la impresión de que el coronel va a dar por cancelada la fiesta.

— ¿A qué viene eso, cenizo? —inquirió John.

—Ahí le puedes ver. Se ha quedado muy pensativo, e incluso se ha separado de nosotros.

—Anda, pues es verdad...

—Pero, hombre, no hay derecho que ahora se raje, después de habernos hecho la proposición... Mirad, ¿sabéis lo que os digo?

— ¿El qué? —casi preguntaron a la vez.

—Que ahora saldremos de dudas.

Peter, que era quien había protestado, retrocedió unos pasos, y preguntó, sin rodeos, al coronel:

—Sigfred, ¿qué ocurre? ¿Hay cambio de plan?

El mencionado pareció salir de su ensimismamiento, y contestó:

— ¡Oh, no, no...! Sigamos.

Peter dio un suspiro de alivio y, al llegar a la altura de Roy y John, con suficiencia, les apremió:

— ¿Vamos...? ¿A qué esperáis? Si no fuera por mí, seguro que os encontrabais de servicio.

John y Roy le miraron, seguros de que se estaba marcando un farol.

El *maître* de El Riely les recibió con una amplia sonrisa, al tiempo que les daba la bienvenida, sobre todo al coronel, nuevo jefe de la base en aquella zona.

Sin dilación, les condujo a un saloncito-reservado, a través de cuyos ventanales podían ver la animación de la sala, sin que su presencia fuera advertida.

Casi al momento, cuatro muchachas, de lo más distinguido del lugar, hicieron acto de presencia, exhibiendo sus formas y sus labios distendidos por la sonrisa que, para sí, el coronel calificó de «comercial».

No le vino de nuevo la efusión de las chicas, puesto que ése era su cometido, pero lo que sí le extrañó es que, al poco rato, la que formara pareja con él se fuera, siendo reemplazada por otra, que se presentó:

—Me llamo Edie. Liz le ruega que la disculpe; se siente indispuesta, y me ha suplicado la sustituya para hacerle los honores.

—Encantado. Lo siento por la indisposición de Liz, pero a fe mía que he ganado con hermosura.

—Muy amable por su parte, coronel.

—El expresar la verdad no es amabilidad, sino justicia.

La realidad era que aquella joven poseía unas facciones muy bellas, una hermosura morena, que desconcertaba cuando sus grandes ojos le miraban a uno.

El momento que estuvo derecha y aun luego, sentada, su tipo era perfecto. Cualquier exigente escultor no podría pedir más de su figura.

A diferencia de las otras muchachas, ésta se mostraba comedida, tanto en sus ademanes como en el lenguaje, tratándole de usted.

La llamada Edie contestó:

—No siempre resulta beneficioso decir la verdad, aunque ésta

sea justa.

—Cierto, pero, dado el caso, no por ello debe silenciarse.

—Difiero de su parecer. Por ejemplo: ¿diría la verdad sobre sus planes?

La pregunta, por inesperada, le dejó desconcertado. Esperaba que se produjera veladamente, pero no con tanta prontitud y con tal claridad.

Recordó el sueño inquieto que le había asaltado. Ante él tenía a una mujer hermosa, y una pregunta relacionada con la misión que le había sido encomendada.

La muchacha se apercibió del impacto que habían producido sus palabras en el coronel y, esbozando una agradable sonrisa, aclaró:

—No interprete mi pregunta relacionada con sus planes militares, ni mucho menos. Podría hacer referencia a los personales; por ejemplo, a usted y a mí.

—Pues, sinceramente, le contestaré que no se han suscitado todavía en mi mente. De momento, admirar su belleza y disfrutar de su compañía. Luego..., no lo sé, lo ignoro hasta el presente.

La conversación entre las correspondientes parejas se había hecho particular, por lo que no se enteraban de lo que pudiera tratar la más próxima.

Edie replicó:

—Me da la impresión de que su sinceridad está muy lejos de la realidad.

— ¿Insinúa que le he mentado?

—No es ésa la palabra exacta. Yo más bien diría que ha sido una evasiva muy diplomática.

—No entiendo.

— ¿Quiere que le revele sus planes respecto a mí?

—Se lo agradeceré

—Al principio, se portará, como ahora lo está haciendo, con

toda corrección. Luego irá tomando confianza, y exigirá más y, por fin, cuando se marche, sólo quedará en usted una de estas dos conclusiones: que lo ha pasado bien o mal.

Sigfred la escuchaba con toda atención, para preguntarle luego:

— ¿Sabe una cosa...?

—Edie —completó ella, para continuar—: Si no me la dice, persistiré en mi ignorancia.

—Que por su forma de expresarse, por su seriedad, no encaja en este ambiente.

—No se fíe, coronel. Las apariencias...

—Cierto, no hay que regirse por ellas. En el fondo de sus palabras, noto cierto matiz de amargura, de decepción.

— ¿Por ejemplo?

— ¿Quizá algún desengaño amoroso?

—Precisamente de amor, no.

—Luego existe un desengaño, ¿no es eso?

—Sí, desde luego, de la podredumbre que impera en todo lugar.

Al coronel le chocaron estas palabras, dichas con mucha seriedad, por aquella criatura que se desenvolvía en un ambiente en el que la pureza brillaba por su ausencia.

No pudo evitar el manifestar, irónico:

—Oiga, ¿no irá a salirme una moralista?

A la joven pareció afectarle el tono empleado y la pregunta en sí. Contestó:

—No, desde luego. Pero este ambiente me agobia. ¿Quiere que demos un paseo por el jardín?

La proposición fue del agrado de Sigfred, quien contestó:

—Buena idea. Al menos, espero que allí haya algo más de tranquilidad.

Ambos se levantaron para abandonar el reservado en el que los capitanes estaban muy absortos con su respectiva pareja, no siendo, precisamente, la conversación la nota predominante.

Al pasar cerca de Roy, Sigfred le dio un codazo para recordarle la advertencia que les hizo, antes de salir de la Base.

El jardín, en cuestión, era un auténtico invernadero, y de unas dimensiones insospechadas.

Las más diversas variedades de plantas tropicales poblaban el lugar, y sorprendentes rincones llamaban la atención, por su belleza y originalidad.

El jardín, incluso, contaba con un lago, de reducidas dimensiones, en cuyo centro había una isleta, a la que se llegaba por una pasarela y en la cual había un artístico templete.

Edie indicó:

—Vamos a la isleta. Es el lugar más tranquilo.

Sin decir palabra, el coronel la siguió, presentándosele la ocasión de admirar aquel cuerpo que caminaba delante de él, de cuyos movimientos se desprendía una armonía que cautivaba.

Tomaron asiento en un mullido balancín y, frente a ellos, sin que se diera cuenta el coronel, surgió una mesita muy bien surtida, tanto en aperitivos como en bebida.

La muchacha, colocando una pierna sobre la otra, con lo que dejó al descubierto parte de sus bien formados muslos, le miró, sonriente, y le indicó:

—Vamos a tomar algo para ponernos en ambiente. ¿No le parece?

—Estando a su lado, no se precisa de ningún aditivo. Por sí sola, basta.

La joven le sonrió más ampliamente, contestándole:

—Una fineza que dice mucho a su favor. Pero un poco de bebida resultará un complemento agradable.

Y uniendo su acción a las palabras que terminaba de pronunciar, se inclinó para verter el líquido contenido en una de las botellas en los

Correspondientes vasos.

Al inclinarse, Sigfred tuvo que desviar la mirada. La tentación era demasiado fuerte, a causa de aquel generoso escote que lucía la mujer que tenía a su lado.

Sin dejar de sonreír, le ofreció el vaso, diciendo, al tiempo que levantaba el suyo:

—Por la sinceridad.

—Por la compañía —correspondió él.

Dieron unos sorbos, y la mujer dejó el vaso sobre la mesita para luego reclinarle contra el respaldo, en completo abandono.

La voluntad del coronel se estaba tambaleando, ante la insistente mirada de aquella hermosa mujer, y con sus labios entreabiertos, como esperando una caricia.

Sigfred depositó el vaso sobre la mesa, para luego inclinarse hacia aquel bello rostro y posar sus labios en los de la mujer que no hizo nada por evitarlo.

Notó que ella no correspondía a la caricia, pero, en realidad, a él esto no le importó mucho.

Ella se había insinuado, y tendría que cargar con las consecuencias. El se mantuvo dentro de la más estricta corrección, y la verdad creyó que iban a continuar la conversación sobre el tema que había suscitado entre ambos.

Pero ahora le estaba provocando abiertamente. Así que fue atrayéndola más y más contra sí, teniéndole sin cuidado su actitud pasiva. Le dejaba hacer, como si de su cuerpo no se tratara.

Estaban materialmente tumbados en el balancín. El, con toda nitidez, notaba las formas femeninas; ella, el peso varonil, su virilidad.

Sólo cuando consideró que la fogosidad del coronel podía sobrepasar los límites, reaccionó de forma inesperada para Sigfred.

De un brusco empujón, se apartó de él, poniéndose derecha y alisando su maltratada vestimenta.

Le miró, burlona, e inquirió:

— ¿Ha comenzado a poner en práctica sus planes, coronel?

Sigfred se indignó por su debilidad, pero lo que más le molestó fue la pregunta de ella y el tono empleado.

No contestó, pero se levantó rápidamente e, impetuoso, la atrajo hacia él, manteniéndola sujeta en férreo abrazo y estando sus rostros muy juntos, confundiéndose sus alientos, le espetó con rabia:

—No he hecho más que corresponder a tus insinuaciones, y si conscientemente has llegado hasta este extremo, ya sea de tu agrado o no, tendrás que cargar con las consecuencias que puedan derivarse de tu audacia. De mí no se burla ninguna mujer.

Ella intentaba librarse de aquel cerco de hierro que constituían los brazos masculinos, pero, por momentos, se sentía más oprimida, y temía que sus huesos fueran a estallar.

Sus respiraciones eran entrecortadas y, en un momento en que ella pudo librarse de los labios masculinos que obstruían su boca, gritó:

— ¡Rex...!

El coronel notó que el piso faltaba a sus pies y, en un rasgo de caballería, soltó a Edie para no arrastrarla consigo, y fue cayendo en el vacío, dando tumbos contra unas paredes acolchadas, y por fin se detuvo contra algo blando que, aunque amortiguó el golpe en gran parte, no fue óbice para que, al chocar su cabeza contra aquel obstáculo que le detuvo, le hiciera perder el sentido.

Luego de esto, nada. Las más tenebrosas tinieblas le envolvieron.

## CAPÍTULO IX

Aún sumido en su inconsciencia, notó un pinchazo en el brazo derecho.

Quiso levantar la mano, pero le pesaba como el plomo, al igual que cuando a uno le asalta cualquier pesadilla y quiere defenderse de su enemigo, propinándole golpes que nunca llegan a su destino, o pretende correr, sin adelantar lo que se deseara.

Más tarde, entre brumas, distinguió unos rostros borrosos, cuyas facciones adquirirían las estampas más grotescas.

Ojos tan pronto desmesuradamente grandes, como pequeños; bocas que se encogían y alargaban: apéndices nasales desproporcionados; labios tan finos como cuchillas, para convertirse en gruesos, como si pertenecieran a los de un payaso de circo...

Luego, un rostro bello, insinuante, cuya voz retumbaba en su cerebro, al igual que la resonancia que produce una caverna:

—Coronel... ¿Por qué has destruido nuestras naves? ¿Qué sabes de ellas...? Si no estás con nosotros, tu fin está cercano, al igual de los que te rodean. ¿Qué has tramado contra ellas? ¡Contesta...! ¡Contesta...! ¡Contestaaaa...!

Tenía la sensación de que la caja craneana le iba a estallar, de un momento a otro.

Se revolvía en su lecho duro, sin poder librarse del peso que sentía en los brazos y en las piernas.

Tan sólo podía mover la cabeza de un lado a otro, y oía aquel retumbar, con la orden imperante de que contestara.

Balbuceó:

—No sé nada, no sé nada...

—Sí que lo sabes. Tú has sido el único que ha dado con nuestra ruta. Únete a nosotros y triunfarás; de lo contrario, serás destruido como otros que se han opuesto a nuestra causa...

Aquel rostro bello se convirtió en uno perteneciente a la más horrible de las brujas.

Las caras de los que le rodeaban, seguían bailando a su alrededor, deformes, al igual que si las contemplara a través de lentes de aproximación y separación, coincidiendo todas ellas en el mismo campo visual.

- otra vez martilleaba en su cerebro la misma palabra:  
— ¡Contesta...! ¡Contesta...! ¡Contestaaa...!
- la invariable respuesta del coronel:  
—No sé nada..., nada...

El coronel Sigfred Edmund había sido un alumno aventajado en la asignatura que trataba sobre «Autoeducación del subconsciente», y ahora se le presentaba la ocasión de demostrar su aprovechamiento en la materia, al estar sometido a la terrible prueba por la que estaba atravesando.

Sintió que las voces se alejaban, que los rostros ya no estaban encima de él, y unas figuras fantasmagóricas se iban haciendo más pequeñas, al alejarse de su lado y perderse en la lejanía de aquella inmensa sala, cuyo suelo y paredes se mecían al unísono.

Más tarde, le dio la impresión de que era trasladado a otro lugar y dejado junto a otros tres cuerpos, en posición horizontal como él.

Creyó descubrir que pertenecían á los capitanes Peter, John y Roy.

De súbito, la estancia se vio concurrida por mujeres jóvenes, muy ligeras de ropa o casi desnudas, que se iban abrazando a ellos, y adquiriendo las posturas más inverosímiles.

Aquel lugar no era la gran sala; se trataba de otro sitio, de dimensiones más reducidas.

Ya no sentía sobre él aquel peso que le impedía mover las piernas y brazos.

Torpemente, alargó la mano y cogió a la mujer que tenía más próxima. Esta se le pegó a él y... ¡Estaba desnuda...!

Al contacto con aquel cuerpo, le asaltó la sensación repugnante

de la flaccidez, de la pegajosidad de una medusa.

Todavía tuvo fuerzas para apartarla de sí, y aquel cuerpo de mujer rodó por el suelo.

Los ojos le escocían, y una bruma seguía dominándole sin permitirle razonar. Actuaba por simple impulso.

Quiso levantarse para llevarse consigo a los capitanes y, cuando lo había logrado, tras titánicos esfuerzos, una de aquellas mujeres se abrazó a él, y ambos cayeron en el mullido lecho que ocupara antes.

Otra vez vuelta a empezar para desembarazarse de aquel cuerpo adherido al de él, sin poderlo conseguir del todo.

Por fin, pudo mover una pierna y, apoyando el pie en una parte de aquel cuerpo que le agobiaba, la extendió con fuerza, y ambos se separaron en dirección opuesta.

El ímpetu con que lo hizo fue de tal envergadura, que se oyeron ruidos de botellas al caer la chica sobre la mesa y volcarse el lecho, o lo que fuera, que ocupaba él.

Con el occipucio, dio en el suelo, y otra vez las tinieblas se apoderaron de su mente.

\* \* \*

Despertó en su alojamiento de la Base.

Un gran dolor de cabeza le aquejaba, y las fauces las tenía reseca.

Se levantó con pasos inseguros, al principio, dirigiéndose al botiquín para tomar un analgésico que le paliara aquella molesta jaqueca.

Terminaba de ingerir la tableta cuando, por las comunicaciones internas, le anunciaron que el general le requería a su despacho y que, sin dilación, se presentara en el mismo.

Quedó extrañado ante el desplazamiento del general Simson, y

temió que algo grave había sucedido.

Se vistió rápidamente y se encaminó hacia el despacho.

Por arte de magia, todo su malestar desapareció. Él lo creyó así, cuando la realidad era un simple caso psicológico; al presentarse una preocupación más fuerte, dejó relegada a segundo término la que antes consideraba primordial.

El recibimiento que le dispensó el general Simson *no* fue muy agradable.

De buenas a primeras, le soltó:

—Coronel, me ha decepcionado en gran manera. Creía que era hombre consciente de su responsabilidad. En vez de ello, me sale con que es un juerguista, y abandona su puesto de mando, sin recapacitar en las consecuencias que de ello puedan derivarse.

Sigfred aguantó aquel inesperado chaparrón, y únicamente pudo balbucear:

—Señor...

— ¡Cállese...! —le cortó el general, indignado—. Han requerido su ayuda urgente y, mientras, usted, con sus tres capitanes, aparecen por la Base a altas horas, completamente alcoholizados.

—Señor, no es cierto...

— ¿Pretende negarlo? Teniente Hale, ¿de dónde venían y cómo llegaron el coronel y su camarilla?

Una voz femenina se dejó oír, y sus palabras sonaron secas, censuradoras:

—Del *night-club* El Riely, y en un estado lamentable.

Entonces Sigfred reparó en la presencia de la muchacha, la teniente que vio en el pasillo, antes de irse al club nocturno.

Estaba muy digna, allí sentada, y aquel rostro y tipo le recordaron a alguien, a la muchacha con quien estuvo, y a la que vio por última vez en la isleta, antes de que comenzara todo cuanto le había ocurrido.

La única diferencia estribaba en que su cabellera era rubia, y

aquella, morena.

No obstante, quedó sin palabras, ante la visión de la joven teniente.

Tal hecho dio pie al general para proseguir:

—Puede comprobar que no le caben excusas, y del desastre ocurrido tendrá que responder ante un tribunal.

— ¿Qué desastre?

—Claro..., ni se ha enterado. Bastante ocupación ha tenido con dormirla... —manifestó el general, despectivo, quien luego, dirigiéndose a la joven, le indicó—: Teniente, tenga la bondad de informar a su «digno coronel».

Lo de digno coronel sonó con cierto deje sarcástico.

Por momentos, los nervios de Sigfred se iban alterando, pero hizo un gran esfuerzo para dominarlos.

Más que las palabras del general, la causa principal era la incertidumbre que le acuciaba por saber qué había pasado, añadiendo a ello la presencia de aquella joven oficial, que le recordaba a la que culpaba de toda su odisea.

La teniente, mirando unos papeles que tenía ante sí, comenzó:

—Me hice cargo de la vigilancia a las cinco cuando, a los pocos minutos, las cinco y diez concretamente, se captó la demanda de socorro de la nave interplanetaria Yris E-25-Z, servicio regular Urio-Tierra.

Comprobó irnos datos y prosiguió:

—Situación, área B-15. Escuadrón de vigilancia más próximo acude en su auxilio, y el resultado ha sido la destrucción de la nave y del escuadrón. Posteriormente, es atacada la Base de Planketin y destruida también.

Sigfred se quedó sin palabras, ante la magnitud del desastre. Sabía que, en efecto, su responsabilidad era directa, ya que sólo de él dependía el asunto encomendado.

Una sospecha comenzó a germinar en su mente, y fue que cayó en la trampa que le tendieron como un incauto cadete.

De sus pensamientos, le sacó el general, al inquirir:

— ¿Cómo puede justificar su proceder?

El coronel le contestó noblemente:

—No hay justificación posible. El único alegato que puedo exponer es que he sido una víctima más de esta maligna trama.

— ¿En qué se basa su alegato?

—En los medios de que se han valido para dejarme fuera de combate.

—Explíquese mejor, coronel.

—Fui invitado a El Riely, con los capitanes...

—Eso ya lo sé —le cortó el general.

La teniente intervino a continuación:

—Lo que prueba su culpabilidad, al acudir a un lugar de esa índole.

Sigfred se volvió, y en esta ocasión no pudo controlarse, contestando:

—Teniente, aunque admito mi responsabilidad, ha de saber que, durante las horas libres, puedo disponer de mi persona, e ir donde se me antoje. Y una pregunta: ¿Por qué no me avisaron de lo que estaba ocurriendo?

—Se hizo. Yo misma requerí su presencia. Me contestaron que el coronel no estaba visible...

Las últimas palabras fueron dichas con cierta reticencia.

El coronel pasó por alto este detalle, y formuló otra pregunta:

—Una cosa. ¿Cómo sabía dónde me encontraba?

Notó en ella un ligero titubeo, pero inmediatamente vino la contestación:

—Es el lugar que frecuentan los oficiales de la Base.

—Y entre esos oficiales, ¿también se incluye usted?

En esta ocasión, la teniente se puso de todos los colores, y la sofoquina que llevaba encima le impidió contestar.

Fue el general Simson quien intervino, airado:

— ¡Coronel! No tiene derecho a insinuar que la señorita...

—Señor, con mi mayor respeto. No se trata de una señorita, sino de un oficial, que formula una acusación a un superior.

— ¿Quién ha dicho que le acusa?

—Salta a la vista, señor, que ha sido ella quien le ha informado y, por lo que he podido colegir, está muy enterada de todo.

Se hizo un silencio, tras el cual el general habló de nuevo:

—Observo que no le pasa nada por alto. Y yo me pregunto: ¿Cómo no pudo prever lo que iba a sucederle, y que aún no ha dicho?

—En primer lugar, si supiera todo lo que va a pasar, me dedicaría al campo profesional de la videncia. Por la actitud de la teniente y sus palabras, es de pura lógica el que haya llegado a esta conclusión.

—Palabras no le faltan, pero todavía no ha dicho nada de lo que más interesa.

—En cuanto a exponerle lo que me ha sucedido, deseo hacérselo saber a usted solo; y, posteriormente, si lo juzga preciso, ya lo participará a la teniente.

No fue necesario que el general la invitara a abandonar la estancia. Ella, muy digna, se levantó y se fue hacia la puerta, cerrando tras sí.

El momento que estuvo derecha hasta que desapareció, el coronel no apartó de ella sus ojos.

Al quedar solos, el general le indicó:

—Puede empezar.

Sigfred le relató, con profusión de detalles, cuanto le pasó durante el tiempo que estuvo en plena lucidez, y, posteriormente, las

impresiones que tuvo, en su subconsciencia.

El general se rascó la barbilla, diciendo:

—Es muy grave cuanto me ha dicho, coronel. ¿Y está seguro de que la teniente y la mujer que le llevó a la isleta son la misma persona?

—No he dado tal seguridad. He sugerido que sospecho que pudiera tratarse de la misma.

—Claro, claro... Utilizan tales artilugios las mujeres, que tan pronto aparecen morenas como rubias... Pero lo grave del caso, coronel, es que la cuestión, no sé cómo, ha trascendido a la superioridad y, con verdadero dolor, he de manifestarle que llevan intención de relevarle de la misión hasta que se aclaren las causas de lo que juzgan negligencia...

El general se quedó un momento callado, y prosiguió:

—Aunque... mi visita es extraoficial. No podía creer eso de usted, coronel, y quería enterarme por mí mismo. Puedo dilatar la visita oficial —concluyó con una sonrisa.

Sigfred captó lo que quiso decirle, manifestando, agradecido por su deferencia:

—Gracias, señor. Procuraré no defraudarle.

—Pero ten cuidado, muchacho. Te advierto que formaré parte del tribunal, y quiero ser tu defensor.

—Le facilitaré la labor en cuanto me sea posible.

—Así lo espero. ¡Ah! Tenme al corriente de cualquier novedad. Y me alegraría que te equivocaras, en lo referente a la muchacha. Es una linda moza, y su aspecto no denota pertenecer a esa clase de mujeres.

—También me duele a mí, pero mientras no se demuestre lo contrario, me cuidaré muy mucho de caer en otra trampa. No hace mucho le decía a uno de mis hombres que las mujeres son la causa de nuestra perdición.

—Pues ya ves lo que son las ironías de la vida. Según tú, las causas de tu desdicha han sido debidas a una mujer precisamente.

—Me resulta doloroso reconocerlo, pero así es.

—De todos modos, no te precipites en tus apreciaciones. Repito que la chica no parece de esas.

Después de acompañar al general, y despedirle en la misma astronave que le trasladaría a su Base, Sigfred se fue directamente a ver a sus capitanes.

En ellos todavía pudo apreciar las huellas de la juerga pasada, y una gran seriedad, no habitual en ellos, se hizo patente, ante la presencia de su coronel.

Estaban avergonzados.

Sigfred lo entendió así, y les manifestó:

—Os he de confesar que, involuntariamente, todos hemos pasado por el mismo trance.

Roy, extrañado, preguntó:

— ¿Qué me dices...? ¿Tú también?

—Sí. Pero, antes que nada, quiero que cada uno me vaya contando lo que recuerde de esa bacanal.

Los relatos coincidieron. De pronto, se sintieron como si hubieran ingerido mucha bebida, para concluir en un lugar, rodeados de muchachas muy ligeras de ropa.

Entonces, Sigfred les dijo lo que le había pasado a él, concluyendo:

—Lo que me confirma que estoy en lo cierto al suponer que El Riely, si no su cuartel general, es una sucursal de las naves piratas.

Peter, impetuoso, manifestó:

—Pues irrumpimos en El Riely, y los apresamos a todos ellos.

—Lo más seguro es que allí te digan que nada saben, e incluso la isleta de que os he hablado haya desaparecido. Nuestro inmediato objetivo será el desierto. Pero, antes, tengo que entrevistarme con cierto teniente, encuadrado en la Base.

## CAPÍTULO X

Se interesó por el paradero del teniente. Estaba franca de servicio, por lo que averiguó su domicilio.

Se alegró de que fuera así, puesto que una entrevista fuera del recinto de la Base le daría más libertad de acción, sin revestirlo de cierto carácter oficial.

Se fue directamente a su apartamento, llamó y ella misma le abrió, demostrando gran asombro.

— ¿Usted...?

—Sí, yo. ¿Me permite pasar?

Pareció que a ella no le venía muy bien, por lo menos así lo interpretó el coronel, quien le manifestó:

—No se trata de una visita oficial, ni de superior a subordinado. Simplemente, sostener una conversación con usted.

—Imagino sobre el tema que va a versar la charla... —dijo, acompañando sus palabras de una sutil ironía.

—Está en lo cierto. No se equivoca.

—He de participarle, coronel, que nada diré, de no ser oficialmente y ante testigos.

—No, no, no... Ya le he dicho que nada de carácter oficial. Como buenos amigos y sin tratamientos.

—Pretende usted un imposible. No pueden existir vínculos amistosos entre nosotros. Así que le ruego que se marche.

Iba a cerrar la puerta, pero él colocó el pie, impidiéndole que consiguiera su propósito.

—Me está decepcionando un poco. ¿Puedo interpretar su actitud como símbolo de cobardía?

La muchacha se irguió. Las palabras del coronel parecieron surtir el efecto apetecido.

Le replicó:

—No se trata de cobardía. Yo más bien diría desprecio.

— ¿Desprecio...? ¿Por qué?

—Usted ha frecuentado ese club.

— ¿Y usted, no?

Nuevamente notó en ella cierta turbación y, contrariamente a la negativa que esperaba, le contestó:

—El motivo de mi asistencia a ese lugar es muy distinto a lo que pueda imaginar.

— ¿Luego, reconoce que ha estado?

—Sí, no lo niego. Pero cuidado, no vaya a interpretarlo mal.

— ¿Y cómo quiere que lo interprete, preciosidad?

Otra vez hubo en ella cierta turbación, sin saber con seguridad si achacarlo a su pregunta en sí o al calificativo de preciosidad.

Ante su mutismo, el coronel se aproximó más a Edie y, rodeándola con sus brazos por la cintura, le preguntó, medio en broma y medio en serio:

—En la actualidad, podría definir con toda exactitud mi plan respecto a ti.

Ella se quedó tensa, aunque se le notó un ligero temblor, inquiriendo:

— ¿No cree que se precipita un tanto en sus particulares apreciaciones?

Sigfred no contestó a su pregunta, sino que actuó.

Unió sus labios a aquellos femeninos que se mostraban tan tentadores.

Admitió, consciente, la caricia, y entonces él le soltó la pregunta:

— ¿Por qué y con qué intención me llevaste a la isleta?

Los ojos de ella se agrandaron, y preguntó, a su vez llena de extrañeza:

— ¿Yo...?

—Sí, tú. No trates de inventar cualquier historia. En una ocasión he catado el néctar de tus labios, y no es fácil que me olvide de la sensación que experimenté entonces.

—Sólo son meras quimeras tuyas, coronel. ¿No sería, por ejemplo, que ingiriera más licor de la cuenta?

Aquello de «por ejemplo» le afianzó en el presentimiento de que la muchacha del club nocturno y la que mantenía abrazada eran la misma persona.

Pudo notar que a Edie no le desagradaba aquella proximidad y, burlón, mencionó:

— ¡Qué casualidad! La muchacha del *night-club* solía repetir con bastante frecuencia el «por ejemplo» que terminas de decir...

La joven pretendió separarse, pero el coronel la atrajo más. Sus cuerpos se confundían; materialmente, eran uno solo.

Cuando Edie pudo hablar, exclamó:

— ¡Basta ya, y márchese de una vez...!

—Lo siento, preciosidad, pero ahora me resulta imposible separarme de ti. Tus encantos me fascinan.

Y de nuevo la apretujó más, al tiempo que, con un pie, cerró la puerta, quedando a cubierto de algunas posibles miradas indiscretas.

Aunque parecía doblarse a su imposición, bruscamente reaccionó, separándose de él, diciendo llena de ira:

— ¡Eres un traidor, un elemento más, que secunda sus planes...!

La mirada de ella resultaba feroz, como si se hallara acorralada y dispuesta a saltar con todo su ímpetu, y destrozar al que tenía ante sí.

A los primeros momentos de asombro y sorpresa, por sus palabras y actitud, Sigfred la miró como incrédulo, de arriba abajo, y, ya repuesto, en un tono que imponía, dijo:

—Basta ya de comedias, y vas a responder a lo que me interesa. ¿Qué papel es el tuyo en El Riely?

—Esta es una cuestión que no te importa.

En su patetizada indignación dejó de tratarle de usted, manteniendo las distancias, por lo menos de palabra, ya que, de hecho, más juntos no pudieron estar.

— ¡Claro que me importa, y mucho...! ¡Quiero la verdad!

—Reprobable sistema el que se emplea exigiendo la verdad, cuando se encubre con la falsedad. ¿Acaso puedes explicar tu presencia allí, cuando se han producido, durante tu ausencia, los acontecimientos acaecidos?

—No pretendas pasarte de lista. ¿No puede ser que hayas sido la promotora para mantenerme alejado de la Base?

—Compruebo que eres un estúpido, coronel.

— ¿Por poner al descubierto tus maquinaciones?

—No, por imaginar lo que tan lejos está de la realidad.

— ¿Quieres decirme que el llevarme a la isleta, y lanzarme al abismo, no ha constituido un hecho real?

—Sólo en cierto modo.

—Explica lo de cierto modo.

—Ignoraba lo que iba a suceder.

—Si pretendes mostrarte ante mí como víctima inocente, los hechos demuestran lo contrario. Tu acto fue deliberado.

—En parte, tienes razón, pero no en las consecuencias.

— ¿Y qué pretendías con ello?

—Hallar pruebas de tu participación en las actividades de esa encubierta organización.

— ¡Ah...! Hubiera sido un golpe magistral, ¿no crees?

—No entiendo...

—O no quieres entenderlo, que no es lo mismo.

— ¿Puedes explicarte?

—Mira, preciosidad, vamos a poner las cartas sobre el tapete, de una vez. ¿Con qué finalidad efectuaste un registro en mi alojamiento?

Edie bajó la cabeza, lo que le confirmó al coronel que había acertado en su deducción de que fue una mano femenina quien rebuscó entre sus cosas.

—Casi puedo asegurar que fuiste tú misma quien dejó la invitación para que fuera al club nocturno y, de este modo, con los medios disponibles, presionarme y tratar de aclarar lo que en el alojamiento no te dio ninguna pista.

La muchacha fue a hablar, pero Sigfred no se lo permitió, prosiguiendo:

—Antes de salir hacia El Riely, me crucé contigo en uno de los pasillos de la Base. No te vi el rostro, únicamente me llamó poderosamente la atención tu excepcional figura.

Ella pareció complacida de escuchar esas palabras del coronel, quien siguió hablando:

—Posteriormente, hiciste acto de presencia en la reunión, y no pude sustraerme de asociarte con la joven oficial que vi en la Base.

—Muy suspicaz por tu parte...

Sigfred hizo como quien no le escuchara, continuando:

—En vista de que allí, junto a los demás componentes de la reunión, no podías sacar nada en claro, suscitaste el pretexto de dar un paseo. He de confesarte que creí en la sinceridad de tus palabras, y yo, como un corderino, fui directamente al desolladero.

—Eso no es verdad.

—Lo es. Deja que termine. La víctima ya la tenías en el lugar propicio, y no tuviste más que llamar al tal Rex para que hiciera lo demás. Luego, te volviste a la Base y, sin que nadie se opusiera a vuestros planes, actuasteis impunemente.

—No es cierto...

—Todavía no he concluido. Por intuición femenina, tú descubriste o sospechaste que te había visto en otra parte y, tras saber los resultados de la tortura a que fui sometido, la solución más viable que has hallado ha sido eliminarme oficialmente, divulgando a los cuatro vientos las mentiras que has urdido.

—No es verdad. Estás en un error.

—Estoy en lo cierto, y tú lo sabes bien. Pero te advierto que no vas a salirte con la tuya. Por lo pronto, vamos a saldar una cuestión personal, que fue bruscamente interrumpida. ¿Recuerdas en la isleta...?

Se aproximó a ella, la entrelazó por el talle y la besó con frenesí, casi ofensivamente.

La joven se mantuvo impasible, como una estatua y sin oponerse a sus impulsos.

Esta actitud tuvo el poder de contrarrestar las intenciones del coronel, quien la soltó y, mirándola despreciativo, le manifestó:

—Ni siquiera eres merecedora de mis caricias... ¿Qué tienes que ver con esa gentuza?

—Nada.

— ¡Mientes...! Consciente de cuanto iba a suceder, te has prestado, gustosa, a secundar sus planes.

La muchacha se irguió, y sus ojos mantenían un brillo especial, al replicar:

—No es cierto. He actuado por iniciativa propia, sin presiones, y con la única finalidad de descubrir tu participación con ellos, como lo han hecho ya otros de la misma Base.

— ¿Qué estás diciendo, insensata?

—Si a manifestar la verdad, si a desenmascarar a un traidor, le llamas insensatez, pues sí, soy insensata. No cejaré hasta encontrar a los que, directa o indirectamente, han participado en la muerte de mi hermano.

Sigfred se quedó mirando a la joven con más atención. Estaba muy hermosa en su nueva faceta, y sus palabras fueron presididas por una gran seriedad.

No obstante, acudió a su mente la refriega que sostuvieron en el callejón sin salida que daba a la espalda de El Riely, y preguntó para que concretara la joven.

— ¿A qué nueva historia te refieres, con eso del hermano?

—Antes de extenderme con detalles, te he de advertir que, si a mí me sucede algo, existen unas declaraciones muy detalladas, que serán abiertas en caso de mi desaparición y, por lo tanto, no quedaréis impunes al castigo que merecéis.

—Muy bien, de acuerdo. No he de ser precisamente yo quien se tome la justicia por sus manos, referente a ti. Es la superioridad quien deberá actuar.

— ¿La militar o la de tu camarilla?

—Yo únicamente tengo una superioridad, a la que estoy ligado por mi uniforme y grado.

La joven pareció soltar un suspiro de alivio, y sus ojos se nublaron por el vaho de unas lágrimas, al decir:

—El coronel que mandaba el escuadrón del que formaban parte los capitanes Karter y Aland, era mi hermano.

Sigfred se quedó hecho de piedra ante tal revelación, pero aún quiso saber:

—Si el coronel Hale era tu hermano, ¿cómo has tomado parte activa con los que se encubren en El Riely?

—La única finalidad al entremezclarme con ellos y secundar sus planes, en parte, ha sido el poder desenmascararlos.

—Cuando me llevaste a la isleta, ¿obedecías sus órdenes?

—Sí, pero ignoraba por completo lo que sucedió después.

— ¿Y qué has averiguado?

—Bien poca cosa. Cuando sufrió el accidente mortal mi hermano, me remitieron sus efectos a la Base donde prestaba mis servicios. Entre ellos, un paquete sellado, que decía: «Para mi querida hermana Edie».

Hizo una pausa, en la que se patentizó el dolor de unos recuerdos. Prosiguió:

—Nos queríamos mucho; era lo único que tenía, puesto que me quedé huérfana muy joven, y él lo fue todo para mí.

Unas lágrimas resbalaron por sus tersas mejillas.

Sigfred respetó su dolor, sin apremiarla a que siguiese en su relato, como así lo hizo a continuación:

—El paquete contenía su diario, diario que, cuando nos veíamos, me lo dejaba leer, al igual que yo le dejaba el mío, puesto que Leonard me inculcó, de pequeña, que constituía un medio para conocernos mejor y llenar los baches a que nos veíamos forzados, en nuestras separaciones.

—Muy buena teoría.

—En sus páginas refleja las sospechas sobre los capitanes Karter y Aland de pertenecer a alguna organización, por el tren de vida que llevaban, y por veladas insinuaciones para que se uniera a ellos. Hubo algunos actos de insubordinación de estos dos capitanes, y mi hermano les reconvino de palabra, con la amenaza de que, a la próxima, lo pondría en conocimiento de la superioridad.

Su rostro se ensombreció al proseguir:

—Parecía que presentía su final, dejándolo todo dispuesto. En su última página dice que la osadía de los capitanes había llegado hasta formularle amenazas de no dejar pasar a una nave interplanetaria sin que fuera interceptada. Tuvo un altercado con ellos, prometiéndole

que, al regreso del servicio que iban a emprender, daría parte para que se les impusiera el correctivo correspondiente. De este servicio... ya no volvió con vida.

—Fue lamentable, pero también los capitanes Karter y Aland han desaparecido, y precisamente en el mismo servicio del coronel...

—Esto es lo que consta oficialmente, pero dichos capitanes están vivos.

— ¿Cómo lo sabes...? ¡No es posible...!

—Coronel, no haría una afirmación de tal índole, de no haberlo comprobado por mí misma. Te diré más, el tal Rex, que mencioné, no es otro que el capitán J. Karter.

Sigfred quedó anonadado ante tal revelación, pero aún encontró ciertas lagunas, que no encajaban con el relato de la joven.

Por eso le preguntó:

— ¿Conocías a los capitanes?

—No. Después de comunicarme el accidente de mi hermano, solicité el traslado a esta Base. Una vez aquí, me he valido de los archivos del personal para conocer a los interfectos.

— ¿Ignoran ellos el parentesco que te une con el coronel que mandaba el escuadrón?

—Naturalmente.

—Otro punto me resta por aclarar. ¿Cómo gozas de la confianza de ellos?

—Confianza hasta cierto límite, yo diría que casi nula.

—Pero algún motivo habrá para que exista esa relación con ellos.

—Claro que lo hay. Aparte de lo que a mí me interesa, ellos creen que yo les puedo facilitar los servicios extraordinarios de vigilancia.

— ¿Has facilitado alguno?

—Sí, los que en sí no tenían trascendencia. En parte, tenía que

cubrir las apariencias para proseguir en mis investigaciones.

— ¿Sabes a lo que te expones, si averiguan tu apellido?

—Lo sé, pero no me importa, con tal que logre mis propósitos. Por otra parte, no creo que esto pudiera influir mucho, ya que para ellos resulto ser una mujer ambiciosa y de pocos escrúpulos. El tal J. Karter me hace mucho la corte, aunque no ha conseguido nada.

Al coronel, esto último no le hizo mucha gracia, y sólo manifestó:

—Aléjate de ese ambiente. Nada dice en tu favor.

—Soy mayorcita y sé guardarme.

—Celebro que así sea, pero los peligros te rodean por doquier.

—Me gusta arriesgarme.

— ¡Ah...! En ese caso, ¿no te importa correr un riesgo más?

Ella le miró, sin comprender, pero lo entendió cuando se halló de nuevo en los brazos del coronel, quien, en esta ocasión, la besó de una forma especial, con dulzura, con delicadeza, y ella le correspondió del mismo modo.

—Edie, me has quitado un gran peso de encima. Te confesaré que creí que formabas parte de esa cuadrilla, y me había propuesto destrozarte.

—Lo mismo puedo decir de ti, Sigfred. Te odié desde que me enteré de que ibas a ese maldito club.

—Ten cuidado, preciosa. Esa organización es más poderosa de lo que imaginas. Yo, con mis hombres, trataremos de desbaratarla cuanto antes.

—No me espanta el riesgo. Me agradará colaborar en esa destrucción.

—De todos modos, abstente, por el momento. Será un poco de egoísmo por mi parte, pero prefiero conservarte viva y para mí solo.

— ¡Uf, coronel...! Con esos planes no contaba... —le replicó ella, burlona, pero satisfecha, en el fondo, de aquella original declaración.

## CAPÍTULO XI

Supo posteriormente el coronel Sigfred Edmund que la información difundida de que el desastre se había producido «por abandono de servicio», no partió de la propia Base sino de una autoridad civil.

Esto se lo aclaró la propia Edie:

—Sigfred, me he enterado, por Karter, de que un tal Peter Roe, personaje de la administración, ha sido quien ha tratado de atribuirte la responsabilidad para que seas destituido, y esperan conseguirlo.

— ¿Tiene alguna relación ese individuo con El Riely?

—Asiduamente se le ve por allí.

— ¿Sospechas quién puede ser el promotor de la organización?

—No lo he averiguado todavía, pero espero conseguirlo.

— ¡Ya...! ¿No te ha dicho nada más Karter?

—No, sólo que se mostraba muy optimista, diciendo que ahora la cuestión iba en serio, y que pronto darían un cambio radical las cosas. Pero no le he concedido el menor crédito, puesto que ante mí siempre pretende darse importancia.

Sigfred se quedó meditando unos momentos, y luego le

manifestó:

—Mira, Edie... Por una sola vez, te voy a pedir que vayas a El Riely y te entrevistes con ese canalla de Karter.

— ¿Para qué?

—Espera, no te impacientes. Sacas a conversación el asunto de mi destitución, y le manifiestas que ya es un hecho, que esta misma noche abandono la Base, junto con los capitanes Roy, Peter y John, a quienes también les ha alcanzado la responsabilidad.

—Pero esto no será cierto, ¿verdad? —preguntó, llena de inquietud.

—De hecho, no, pero para ellos, así tiene que ser. He recibido unas fotografías un tanto obscenas. Antes, he de aclarar que fueron hechas estando nosotros bajo los efectos de determinada droga. Junto con las fotos, una nota que, como verás, dice que, de no abandonar el mando de la Base, se darán a la publicidad.

—Pero esto es un atropello.

—No reparan en medios, con tal de conseguir sus fines.

—Y mientras, ¿qué vais a hacer?

—No es que desconfíe de ti, Edie. Lo voy a silenciar precisamente para que, en caso de que presionen sobre ti, no puedas aportarles dato alguno. Te prometo que, si sale bien la cosa, te lo diré.

—De acuerdo... No me hace mucha gracia ese silencio, pero entiendo tus propósitos. Lo que te ruego es que tengas cuidado, y vuelvas pronto.

—Gracias por tu comprensión, querida. Y ahora, perdóname que te deje. He de entrevistarme con los capitanes, y quiero terminar este asunto cuanto antes para que podamos estar juntos mucho tiempo.

Edie quedó complacida por estas últimas palabras del coronel y, en silencio, recibió, emocionada, aquel vehemente beso que tantas promesas encerraba.

Aquel atardecer fue muy movido en la Base.

El coronel Sigfred Edmund convocó a los oficiales para darles la noticia de que cesaba en el mando, por renuncia voluntaria.

Así lo expuso, puesto que estaba seguro de que llegaría a oídos de los encartados en El Riely y, de este modo, conseguiría confirmar las palabras de Edie y, lo que era fundamental, que la organización se confiara.

Ya de noche, al margen de las patrullas de servicio, cuatro astronaves se elevaron al espacio, con destino oficial de trasladarse a la Base de origen del coronel Edmund y sus capitanes.

Pero la realidad era otra. Su destino, el área B-15.

Para evitar posibles errores, sus «últimas órdenes» fueron disponer que las patrullas se mantuvieran alejadas del área B-15 y, de rechazo, darles a entender a los que habían mandado las fotos que acataba plenamente sus deseos, por miedo a que dieran cumplimiento a sus amenazas.

Al llegar al espacio donde tenían que pasar aquellas astronaves no identificadas, tomaron posiciones en uno de los grandes asteroides, el que les ofrecía más garantías.

Permanecieron a la espera, atentos a los rastreadores de largo alcance, e iban pasando las horas, sin que se presentara novedad alguna en sus pantallas, salvo los meteoritos, que cruzaban, raudos, el campo visual controlado.

Parecía que la espera se convertiría en una eternidad, y el desaliento comenzaba a patentizarse en ellos, incluyendo al mismo coronel.

Pero sus pensamientos tenían que reservárselos, puesto que Sigfred prohibió hacer uso de los medios de comunicación, salvo caso extremo, para no delatar su presencia.

De su ostracismo les sacó una evidente señal en la pantalla. Aquel punto no podía ser más que de un vehículo espacial, y así quedó confirmado, momentos después, por la computadora que facilitó toda clase de datos.

Lo tenían todo previsto y, siguiendo las instrucciones de Sigfred, habían fijado sus cosmonaves para evitar ser arrastradas por la vorágine del «soplo maldito».

Una insignificante señal, comprendida dentro de un código secreto, le confirmó al coronel que sus capitanes habían alertado la presencia del vehículo en cuestión.

De un momento a otro, esperaban notar la influencia del «soplo maldito».

Entretanto, el vehículo captado en sus pantallas se iba aproximando a gran velocidad y por el rumbo que llevaba, pasaría muy cerca de la posición que ocupaban ellos.

Ya lo podían distinguir a simple vista y, por el momento, no había señales de la «avanzadilla barredora», como calificó en una ocasión el coronel al «soplo maldito», que limpiaba de obstáculos y desagradables sorpresas, en beneficio de la astronave que lo controlaba.

El momento temido no se producía, y la extrañeza iba en aumento, a medida que se reducía la distancia de la vigilada astronave que, muy confiada, seguía su camino.

Los músculos de los componentes de la patrulla que permanecía al acecho, estaban tensos.

Imperturbable, la astronave proseguía navegando, y ya había entrado en el campo de tiro de la patrulla.

Muy gustosos, los capitanes se hubieran lanzado para apresarla, pero recordaban bien las instrucciones dadas por su coronel. Tenían que descubrir y terminar de una vez con sus propósitos y desmanes.

El coronel les dijo en una ocasión:

—Es evidente que traman algo, y ese algo debe ser de gran envergadura. Me confirma este supuesto la peligrosidad de la ruta que utilizan, y los medios de que disponen para barrer a los que se oponen a su paso.

En estos momentos, la astronave pasaba sobre la vertical de la patrulla que se hallaba escondida en la superficie del gran asteroide.

Y ningún síntoma de «soplo maldito»...

El mismo coronel hubiera querido comentar con sus capitanes aquel hecho insólito, pero las medidas de seguridad tenían que cumplirse, por encima de todo, para evitar que su presencia fuera delatada.

Cuando Sigfred tuvo la certeza de que la nave extraña se había alejado lo suficiente, y que en el espacio no existía vestigio de la existencia de otro vehículo que pudiera captar sus conversaciones, se puso en comunicación con los capitanes:

—Podéis liberar a vuestros vehículos de los tirantes de sujeción, y estar listos para despegar en cuanto se aleje convenientemente la astronave objeto de nuestra vigilancia.

— ¡Hombre, ya era hora de que pudiésemos hablar...! Temía que se me atrofiaran las cuerdas bucales... —manifestó Roy.

—De acuerdo, eso les sucede a las comadreas. Siempre tienen a alguien que «despellejar» —le replicó Peter.

—Mira por donde, en esta ocasión te doy toda la razón. Me gustaría empezar contigo, pero no en el sentido figurado, sino en el real, y a fe mía que te dejaba bien «despellejado» —le confirmó Roy.

Para no dar lugar a que ambos se enzarzaran en una discusión intrascendente, Sigfred preguntó:

—Y tú, John. ¿Te has dormido? Como no has metido baza...

—No, coronel, no me he dormido. Lo que pasa es que estaba meditando, sin hacer caso de las idioteces que han dicho ese par.

— ¿Has oído eso, Roy...? A nuestro bonito John, le ha dado por la meditación —preguntó, y versificó Peter, sin darse cuenta.

—Sí, ya le he oído, y has compuesto un pareado que le podría servir de epitafio en su tumba, añadiendo a tus versos: «y por eso se halla en esa posición».

—Gracias por vuestros «buenos deseos», pero ruego os lo reservéis y, gustoso, os cedo la preferencia. Os prometo inscribiros el mismo epitafio con la siguiente apostilla: «Ejemplo a tomar, de quien a un poeta quiso emular.»

Las más dispares protestas brotaron de los aludidos, y luego de que dieron expansión a la tensión pasada, Sigfred preguntó de nuevo:

— ¿Puedes decirme en qué estabas pensando, John?

—Pues en las precauciones que hemos tomado, y «el soplo maldito» sin producirse. ¿No os parece raro esto?

Roy y Peter expusieron la misma extrañeza, y esperaron que el coronel se lo aclarara.

Sigfred tardó un momento en contestar. También había reflexionado sobre el caso, diciendo al fin:

—La única explicación que cabe es que se han tragado el anzuelo, considerando innecesaria cualquier precaución.

— ¿Quieres decir que la información dada por la teniente Edie Hale ha surtido el efecto apetecido?

—Exacto, Peter. Como podéis comprobar, son rápidos en sus comunicaciones, y deduzco que, por causa de haberles desbaratado algunos viajes, les urge recuperar el tiempo perdido.

—Quizá estés en lo cierto, Sigfred.

—Casi estoy seguro de que es esto, Roy, aunque os confesaré que no esperaba se pusieran tan pronto en acción, y menos que dejaran de poner en funciones su diabólico «soplo maldito». En esta ocasión, la confianza les va a resultar funesta. Prepararos para despegar.

Momentos después, cuatro diminutas astronaves abandonaban la superficie del asteroide que les sirvió de refugio y punto de observación.

Una vez tomada la conveniente altura, Sigfred transmitió:

—Fijad ruta A-20, Beta-541. A pleno rendimiento.

Aunque la ruta anunciada significaba un gran rodeo en relación del rumbo que llevaba la misteriosa astronave, los capitanes no hicieron objeción alguna, obedeciendo ciegamente a su coronel.

Los potentes impulsores les permitían navegar a velocidades que se aproximaban a la de la luz.

Por eso, aprovechando la inexistente resistencia del espacio extraterrestre, el coronel Edmund y sus capitanes, dieron media vuelta al planeta Tierra, y penetraron en la atmósfera terrestre por la parte opuesta a la que tenía que hacerlo la nave controlada, o sea, en el

hemisferio que a aquellas horas estaba sumido en la negrura de la noche.

Tan pronto estuvieron en las inmediaciones de la zona desértica, ordenó:

—En acción, dispositivo neutralizador y descenso.

Este dispositivo tenía la particularidad de detectar cualquier onda o campo magnético encargado de descubrir la presencia de objetos o seres humanos.

Al registrar la onda o campo magnético, el dispositivo no solamente la absorbía, sino que la prolongaba al infinito. De este modo la presencia de sus máquinas y la de ellos mismos, no podía ser detectada.

No obstante, a partir de este momento, las comunicaciones entre ellos quedaron de nuevo silenciadas, y, en vuelo rasante, se dirigieron a las proximidades de la zona donde descubrió Sigfred aquel astródromo fantasma.

El panorama de aquel demarcado lugar no presentaba anomalía alguna.

Haciendo uso del visor nocturno, sólo se podía apreciar una sucesión desoladora de dunas que, invariablemente, se cortaban o formaban continuidad entre ellas.

Según cálculos efectuados con anterioridad, todavía disponían de tiempo, antes de que llegara la enigmática astronave.

En esta ocasión, el coronel Sigfred Edmund se había adelantado, y no estaba dispuesto a que se le volvieran a escapar.

Tuvo la precaución de adicionar irnos dispositivos a sus astronaves, y explicó sus funciones en la conferencia que mantuvo con Roy, Peter y John, antes de emprender la última intentona para desenmascarar de una vez al enemigo.

Los capitanes acogieron aquella innovación un tanto escépticos, aunque se abstuvieron de manifestarlo.

Sigfred pudo darse cuenta de ello, pero no se esforzó en demostrarles en el error que habían incurrido y, para sus adentros, pensó que más valiera que no llegaran a hacer uso del mismo.

## CAPÍTULO XII

Comenzaron a notar en sus vehículos espaciales una paulatina y creciente acumulación de arena.

Al principio, no le concedieron la menor importancia, pues muy bien pudiera tratarse de alguna corriente de aire, que les había cogido de lleno, y del mismo modo que empezó, terminaría.

Pero este fenómeno se prolongaba más de la cuenta, con el agravante que iba adquiriendo un carácter francamente alarmante.

A poco, se hallaban inmersos en una verdadera tromba de arena, y el nivel del suelo iba ascendiendo con la fluidez de las aguas, amenazando con recubrir sus naves de un momento a otro.

En este preciso instante reconocieron la acertada decisión de su coronel, al implantar los dispositivos.

La arena les llegaba ya casi al fuselaje y, de permanecer inactivos, dentro de poco quedarían sepultados.

Había llegado el momento de poner en funciones el dispositivo ideado por el coronel.

De cuatro puntos de las astronaves, emergieron cuatro vástagos para desplazarse y constituir otras tantas zapatas o plataformas, que, al apoyarse sobre la superficie arenosa, iban elevando el vehículo.

El sistema de zapatas era doble e íntimamente relacionado con los tirantes de sujeción a los que iba distendiendo para que en todo momento ejercitaran sus funciones, evitando que el vehículo fuera desplazado por las fuertes corrientes.

En realidad, esto les recordó que muy bien pudieran hallarse bajo la influencia del «soplo maldito», pero menos peligroso en esta circunstancia, gracias a la prevención de Sigfred.

Cuando las cuatro primeras zapatas fueron cubiertas por la arena que se depositaba en gran cantidad, un segundo grupo de ellas efectuó la misma función que las anteriores, al tiempo que se retiraban éstas para efectuar el relevo correspondiente.

Este procedimiento les permitía mantenerse en superficie en todo momento.

Lo que les estaba ocurriendo, descifró uno de los enigmas del porqué no hallaron rastro alguno de la nave destruida.

Allí se removían gran cantidad de toneladas de arena, más que suficientes para recubrir cualquier objeto, por muy voluminoso que fuera.

Este pensamiento fue del coronel, y se dijo removían, por ser la pura realidad del caso, ya que aquello no podía calificarse de un fenómeno atmosférico, puesto que, durante la noche, las diferencias térmicas no eran tan notorias como para originar corrientes de aire de tal intensidad.

Pareció que «el temporal» iba amainando y, por mediación del visor nocturno, Sigfred Edmund notó cierta claridad, a no mucha distancia de donde se hallaban.

Centró su atención hacia aquel punto, y la claridad fue adquiriendo mayor intensidad.

Se podía apreciar ya, a simple vista, sin recurrir al complicado visor de noche.

No obstante, volvió a hacer uso del mismo y, con toda nitidez, ya que la atmósfera se había despejado de las nubes de arena, pudo descubrir aquella fuente de luz.

Procedía de seis reflectores, dispuesto en forma hexagonal, y enclavados encima de irnos artefactos de forma cilíndrica.

Estos artefactos poseían varias toberas, con distintas salidas, de las que se deducía emitían un potente chorro de aire que barría los restos de arena que todavía quedaba en el gran espacio hexagonal.

Las corrientes de aire formaban un torbellino, que elevaba la arena para esparcirla en las inmediaciones.

Sigfred suponía que los capitanes estarían observando lo mismo que él y, para cerciorarse, emitió la señal que en su código equivalía a preguntar:

— ¿Estáis viendo lo mismo que yo?

Fue recibiendo la afirmación de cada uno de ellos y, a continuación, mandó otra señal con el significado:

—Estad preparados para nuevos acontecimientos.

La «tormenta» había cesado por completo y, al cabo de un rato, los haces de los reflectores recorrieron los alrededores.

Rápidamente, como si los cuatro hubieran tenido el mismo pensamiento, anularon la acción de las zapatas y, automáticamente, actuaron los tirantes de sujeción, pegando las panzas de sus máquinas en el suelo arenoso.

Gracias a la cresta de una duna, los haces luminosos pasaban por encima de ellos.

Era evidente que efectuaban un barrido de inspección por los alrededores para asegurarse de que estaban a cubierto de alguna presencia extraña.

De haberse descuidado, el coronel y sus capitanes, en la fracción de un segundo, las consecuencias hubieran sido nefastas para ellos, pues al mismo tiempo que pasó el haz luminoso, pudieron apreciar el zumbido de unos proyectiles y las explosiones sordas de los mismos, a no mucha distancia de sus espaldas.

Esto les confirmó que aquellos individuos tomaban sus correspondientes precauciones para no ser molestados en sus quehaceres.

Pero en esta ocasión, su cañón foto-electrónico también les falló, gracias a la intuición previsoras del coronel y los suyos.

Posteriormente, los haces se elevaron hacia el firmamento y, tras un barrido de inspección, quedaron estáticos, paralelos entre sí.

Era evidente que aquella inmovilidad era para señalar la posición de aterrizaje a la misteriosa astronave.

Sigfred creyó entonces llegado el momento de descender de las naves.

Así lo hizo, y se aproximó primero a Roy, que estaba a su derecha, y luego fueron por Peter y John, situados a la izquierda de su máquina.

Reunidos los cuatro, en voz baja, les dijo:

—Bien, ha llegado la hora de caminar y aproximarnos todo cuanto nos sea posible. ¿Habéis dejado conectado el automático?

Contestaron afirmativamente.

—Pues en marcha.

No era mucha la distancia que tenían que cubrir, pero resultaba fatigoso el andar por aquella arena movediza.

Cada uno de ellos llevaba prendida del cinto un arma y varias cajitas, además de un dispositivo que ocultaban bajo el pantalón, precisamente en la parte posterior de la articulación de la rodilla derecha, a la que se adhería perfectamente.

Tras subir y bajar varias dunas, quedó ante ellos un espacio hexagonal, completamente limpio de arena, y de superficie brillante, metalizada.

Había una abertura, donde se iniciaba una rampa y, aparte de los artefactos cilíndricos, con las toberas y reflectores, un edificio también cilíndrico, que en aquellos momentos iba emergiendo de la superficie, a modo de periscopio.

Se encontraron con la desagradable sorpresa de que todo el campo estaba muy bien iluminado, y con la presencia de un cierto número de individuos, que iban o venían o subían por la rampa.

Roy apuntó:

—Con eso no contábamos, coronel. Si damos un paso más y nos descubren...

—Desde luego, tienes razón, Roy —comentó John.

—Yo creo, Sigfred, que será mejor volvernos a nuestras naves y atacarles.

El coronel no se pudo contener y, en parte por el mal humor de aquella contrariedad y por las palabras de sus capitanes, les contestó, airado:

— ¿Y qué pretendéis con ello, quedaros como al principio? Les atacamos, les destruimos y otra vez a las andadas, sin enterarnos de lo que se llevan entre manos. Y el día menos pensado, surgen por otra parte.

Tomando un respiro, tras sus precipitadas palabras, concluyó:

—El que no se sienta con fuerzas, puede regresar libremente a su nave.

Ninguno se movió. Aquello era tacharles de cobardía, y esto no casaba con ellos.

Ya un poco calmado, y satisfecho en el fondo por la reacción de sus hombres, manifestó:

—Sólo existe una posibilidad de aproximarnos, sin ser vistos. Fijaros bien. Cada torre, llamémosla así, que sostiene un reflector, proyecta una zona triangular que permanece en la penumbra.

Asintieron a la indicación del coronel, quien prosiguió:

—Ahora bien, el dirigimos los cuatro hacia una de ellas, y descubrirnos, las probabilidades de éxito serían nulas, y más, considerando que hay por lo menos uno de vigilancia, como se puede apreciar.

Roy captó inmediatamente la idea del coronel, adelantándose:

—Sí, claro, mientras que si cada uno se dirige a distinta torre, alguno de nosotros podrá llegar sin ser visto.

—Exacto, y es más, no podrá sólo llegar, si no que hay que llegar y reducir a la impotencia al centinela que está a cargo de ellas.

—Pero, coronel, nosotros somos cuatro, y de torres hay seis.

—Ya he pensando en ello, Peter. Atended...

Cuatro sombras se separaron del grupo que formaban agazapados en el borde de una cresta de duna, tomando distintas direcciones.

Peter y el coronel fueron caminando durante un trecho juntos, para luego dirigirse el primero hacia la zona de penumbra que proyectaba la torre que le caía en frente, la número dos, como la habían designado.

El coronel prosiguió su camino, dando un rodeo.

Roy efectuó el trayecto más corto, todo recto hacia la número uno, y John se fue hacia la torre que caía a su izquierda, o sea, la número tres.

El coronel Sigfred Edmund se asignó la operación de mayor riesgo.

En cuanto se separó de Peter, dando el correspondiente rodeo, y siempre al amparo de las dunas, se dirigió sigilosamente a la torre situada a continuación de la asignada a Peter.

Se entretuvo unos instantes para luego retroceder y hacer el recorrido y la misma operación con el edificio que, al parecer, era punto de control.

Sin el menor contratiempo, deshizo el camino andado, y luego de repetir la misma operación con la torre al otro lado del edificio, se dirigió por fin a la que habían asignado con el número cuatro, o sea, la que caía a continuación de la que pertenecía al acecho del capitán John.

La suerte estuvo de parte del coronel, puesto que nada más llegar al pie de la número cuatro, ya se divisaron en el espacio unas luces que captó como las de situación de una astronave.

Estas luces fueron aumentando en intensidad y separación, prueba evidente de que iba descendiendo.

Las grandes dimensiones de la nave espacial se dejaron notar al

ser alumbrada por los reflectores.

Majestuosamente, se fue a posar en el centro de aquel hexágono, y precisamente frente a la rampa.

Este fue el momento fijado para escalar las torres, por el coronel y los capitanes.

Dichas torres eran lisas por la parte de atrás, y no había escalerilla o saliente alguno para poder trepar. Distinto hubiera sido por la parte de delante, donde existían aquellas bocas, pero... caían en la zona iluminada.

Pero los cuatro, del cinto en que llevaban pendiente el arma, sacaron unos pequeños discos, que sujetaron en ambas manos y correspondientes rodillas.

Estos discos eran unos potentes electroimanes, que se pegaron a las torres metálicas, cuya adherencia la controlaban a voluntad.

Fueron trepando hasta llegar a la parte superior de la misma, en el momento que la nave espacial tomaba tierra.

Esto les favoreció en gran manera, puesto que los servidores del reflector, absortos en la operación de descenso y posterior desembarco de lo que llevaban, no se dieron cuenta de la proximidad del coronel y los tres capitanes, quienes no tuvieron más que presionar el gatillo de su arma de rayos paralizadores para dejarles fuera de combate.

Los reflectores situados a ambos lados del edificio de control se apagaron; casi al momento, lo hicieron el coronel y sus capitanes. Gracias a sus conocimientos, sabían manipular en aquel tipo de reflector y cañón foto electrónico.

Las torres que ocupaban comenzaron a descender lentamente. Se les presentaba un grave problema. Por el momento, su posición resultaba un punto privilegiado para la observación, y más permaneciendo en la oscuridad.

Pero a nivel del suelo, existían luces que alumbraban la superficie, y se expondrían a que descubrieran la suplantación, máxime con la presencia del cuerpo inanimado del auténtico servidor del reflector.

¿Qué hacer...? Todos sus esfuerzos se irían al traste, y para nada les iba a servir lo conseguido hasta el momento.

Mientras, de la gran astronave, ya abiertas las compuertas, bajaban por la rampa vehículos blindados, remolques repletos de cajas, armas pesadas... Un verdadero arsenal.

El caso estaba aclarado, y la incógnita, despejada. Tráfico de armas.

Pero el coronel deseaba conocer más; quiénes eran los cabecillas de aquella organización.

Mas en la situación que se encontraban, no daba lugar a elegir. Si no actuaba, dentro de poco estarían a nivel del suelo y...

Ya tenía en su mano el pulsador de frecuencias para hacer estallar las cargas depositadas en las torres cinco, seis y edificio de control, cuando por los altavoces ordenaron;

—Reflectores en posición normal alumbrando espacio, Se aproxima nave amiga.

Interiormente, el coronel se felicitó por no haberse precipitado...

Las torres volvieron a ascender en su marcha lenta, permitiéndoles seguir observando los pertrechos que desembarcaban.

Cuando las torres se inmovilizaron en su ascensión, los reflectores cinco y seis surcaron, con sus columnas lumínicas, las tinieblas del Armamento.

El coronel iluminó el suyo y, acto seguido, lo hicieron los que estaban a cargo de los capitanes. La compenetración entre ellos era perfecta.

Una nave terrestre se fue acercando, en su descenso vertical, para posarse al lado de la otra enorme nave.

De ella descendieron cuatro hombres y una mujer joven.

Al coronel le dio un vuelco el corazón. La mujer era, nada menos, que... ¡Edie!

La llevaban maniatada, y con pruebas evidentes de haber sido maltratada.

De los hombres, en el que parecía llevar la batuta, y al que los demás miraban con respeto, reconoció al empalagoso *maître* de El

Riely.

Los dos que sujetaban a Edie no eran otros que los traidores capitanes J. Karter y F. Aland, y el cuarto, el tenientecillo que les fue presentado como ayudante del jefe de la Base, cuando fueron a efectuar la investigación como comisionados civiles, y que en la actualidad seguía bajo su mando.

Los capitanes también reconocieron a los recién llegados.

Los reflectores de ambos lados del edificio control volvieron a apagarse, pero el coronel lo mantuvo encendido y, por lo tanto, los capitanes también.

Este hecho llamó la atención, y, por los altavoces, ordenaron:

— ¡Apaguen reflectores!

No solamente dejaron de obedecer lo mandado, si no que, con gran estupefacción de los allí presentes, el coronel, seguido en su acción por los suyos, enfocaron los reflectores hacia el centro del espacio hexagonal, manteniendo bajo sus haces la gran astronave, la otra terrestre y los allí congregados.

Una potente voz se dejó oír, la del coronel:

—Os conmino a que soltéis a la mujer y os rindáis. Estáis rodeados.

Unas maldiciones se escaparon, y el traidor J. Karter cogió a Edie para utilizarla como parapeto, sin saber contra quién o en qué dirección.

Pasado el primer momento de sorpresa, el empalagoso *maître* cambió totalmente de fisonomía, y gritó:

— ¡Destruid los reflectores...!

Unas explosiones se produjeron, pero los cuatro reflectores seguían iluminando e intactos.

El coronel había hecho estallar las cargas depositadas en las torres de ambos lados de la de control.

Sigfred les advirtió:

—Esto os confirma que no se trata de una bravata. ¡Edie, corre

hacia tu izquierda!

La muchacha, de un tirón, se libró de las garras de Karter, y corrió hacia la dirección indicada.

Los traidores Karter, Aland y el tenientecillo fueron en pos de ella, e incluso el propio *maître* hizo acción de seguirla.

Pero sólo pudieron dar dos pasos. Unos destellos fulgurantes se destacaron de las luces de los reflectores, y los tres cayeron como fulminados por un rayo.

Fue el coronel el autor de este hecho, quien, con gran agilidad, descendió por las bocas de las toberas, desató los brazos de Edie y apremió:

— ¡Arriba!

La muchacha no se hizo repetir la indicación y, en un cerrar y abrir de ojos, estaban de nuevo en la torre, tras el reflector.

No mediaron más palabras entre ellos, sólo un abrazo y un fugaz beso. Este acto fue más elocuente que cualquier palabra.

El *maître*, desesperado, gritó:

— ¡Abajo las torres...!

Estas iniciaron el movimiento de descenso y, acto seguido, una nueva explosión se produjo. La torre de control había estallado en mil pedazos.

Como consecuencia de ello, las torres ocupadas por el coronel y sus hombres quedaron inmovilizadas en su descenso.

Sigfred, con su recia voz, advirtió:

—Es inútil cualquier resistencia. Estáis controlados, no solamente por tierra sino por aire.

Esta fue la señal para que los capitanes pusieran en acción el control remoto que llevaban oculto tras la articulación de la rodilla y que, con sólo una presión de músculos y tendones, hicieron que sus diminutas astronaves se elevaran, y efectuaran los vuelos programados.

Una tras otra, efectuaron un vuelo rasante sobre el astródromo.

El *maître*, aterrorizado, se fue hacia la gran astronave, de la que, a poco, partieron dos grandes discos luminosos en direcciones opuestas y hacia el firmamento.

Sigfrid adivinó las intenciones. Aquellos discos eran los que originaban el «soplo maldito», y, por lo tanto, sus astronaves se irían al traste.

Al tiempo que enfocaba el reflector hacia el que le caía más cerca, gritó a Peter, que ocupaba la torre opuesta a la suya:

— ¡Peter, destruye el disco!

Se produjeron dos explosiones casi simultáneas en el espacio, esfumándose los discos luminosos, a consecuencia de la acción de los cañones foto-electrónicos de los reflectores.

El terror cundió en el astródromo pirata, acrecentado por el paso continuo de las astronaves de la patrulla del coronel.

La gran cosmonave, con el *maître* dentro, pretendió elevarse, pero de nuevo el cañón del reflector que manipulaba el coronel entró en acción.

De la gran nave espacial brotó una llamarada, y el puesto de mando de la misma quedó destruido. Pesadamente, volvió, a posarse, quedando inmovilizada.

Se dejó escuchar de nuevo la recia voz del coronel:

—Disponéis de un minuto para rendiros. Todo el personal al medio del campo; de lo contrario, volaréis con todo el arsenal que tenéis ahí dentro.

Estas palabras produjeron gran efecto y, precipitadamente, de la rampa fueron saliendo individuos aterrorizados, que se iban congregando donde había indicado el coronel.

En cambio, de la astronave no salió nadie, indicando Sigfred:

—Capitán Roy, investiga lo que ocurre ahí dentro.

Momentos después, comunicaba el capitán:

—No pueden salir por estar muertos.

Acto seguido, las astronaves de la patrulla del coronel se fueron

posando alrededor del campo.

Roy volvió a su puesto, y Sigfred, con Edie, descendieron de la torre para dirigirse a la astronave del primero.

Subieron a la misma, y el coronel comunicó:

—Coronel Edmund a general Simson. Señor, operación «soplo maldito» terminada. Mande transportes para hacerse cargo de prisioneros y material. Posición exacta, desierto...

Al terminar de dar los datos, el general, muy regocijado, le dijo:

—Bien, muchacho, me quitas una gran peso de encima, al no tener que preocuparme de tu defensa ante un tribunal.

\* \* \*

Como el coronel hubo sospechado, en el oculto astródromo, verdadera obra de ingeniería, hallaron material para pertrechar un numeroso ejército.

También encontraron la documentación suficiente para desarticular aquella malsana organización que pretendía apoderarse de la Tierra para dar libertad a sus ansias de poder y tropelías.

El Riely fue también ocupado, descubriendo sus instalaciones secretas, donde sometían a tortura a los presos para lograr informes.

Se apoderaron también del secreto del «soplo maldito», que como coligió el coronel Sigfrid Edmund, se trataba de dos poderosos generadores de corrientes termo-magnéticas, que alcanzaban un gran campo de acción.

En cuanto a la presencia de Edie en el astródromo pirata, ésta lo aclaraba ante el general Simson y los componentes de la patrulla del coronel:

—Salí de mi apartamento para ir a la Base, cuando me encontré con Karter, diciéndome que fuera con él a El Riely. Me excusé que tenía servicio, que iría más tarde, contestándome que sólo era un momento, cuestión de unos datos que precisaban.

»Por temor a descubrir mi postura, ante una rotunda negativa, accedí, y, al llegar al local mencionado, me llevó directamente a la isleta y, por un ascensor secreto, descendimos.

»Entonces me di cuenta de mi error, pero ya no cabía rectificar. En una de las estancias estaban presente el *maître*, al que llamaban "jefe", un teniente, que perteneció a la Base, y Aland.

»El teniente descubrió que yo era hermana del coronel que mandaba la patrulla a la que pertenecían Karter y Aland, y que tú, Sigfred, no habías regresado a tu antigua Base con los tuyos.

»Me exigieron les informara de tus planes y, en esos momentos, te agradecí de corazón que no me los revelaras, aunque con ello comenzó mi calvario. Me torturaran sin consideración alguna, y todos ellos se convirtieron en fieras, ante el temor de ser descubiertos.

»Como no consiguieron nada de mí, decidieron llevarme con ellos, para utilizarme como rehén y presionar sobre ti.

«Gracias a tu astucia y arrojo, les han salido fallidos sus planes.

Al terminar, el general, con una significativa sonrisa dijo:

— ¿No te decía yo, muchacho...? Parecía, y es, buena chica.

\* \* \*

Días más tarde, se celebró una boda, la del coronel Sigfred Edmund con la teniente Edie Hale.

Al llegar al pastel de bodas, había una inscripción:

«Una teniente hallarás y con ella te casarás.»

Firmaban: «Los poetas espaciales.»

FIN



# la conquista del **ESPACIO**

Una  
ventana  
abierta al futuro  
gracias al talento  
de unos autores  
de excepcio-  
nal calidad

LA MEJOR COLECCION POPULAR DE  
**"CIENCIA-FICCION"**

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**  
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

**PRECIO EN ESPAÑA: 15 PTAS.**